

MOMENTOS DECISIVOS
en el camino de santidad
de Manuel d'Alzon

**Serie de los Cuadernos del Bicentenario del nacimiento
del P. Manuel d'Alzon (1810-2010)**

Consejo General

Colección Cuadernos del Bicentenario d'Alzon 2010¹

- N° 1 *Tour du monde assumptionniste en 41 pays*, 2007
- N° 2 *Il y a deux cents ans, année 1810*, octobre 2007
- N° 3 *Emmanuel d'Alzon : Bibliographie commentée et référencée*, décembre 2007
- N° 4 *L'Orient Chrétien*, mars 2008
- N° 5 *Le P. d'Alzon et l'Assomption vus par des contemporains, des historiens et des Assomptionnistes*, mai 2008
- N° 6 *La Mission d'Orient de l'Assomption*, octobre 2008
- N° 7 *L'Assomption A.A. et O.A. : Bibliographie commentée et référencée*, mars 2009, par Jean-Paul Périer-Muzet
- N° 8 *Los Asuncionistas en la Argentina 1910-2000*, Roberto Favre, octobre 2009
- N° 9 *Histoire de la Province de France, t. 1, De l'Assomption indivise à l'Assomption des Provinces (1845-1952)*, septembre 2009, par Nicolas Potteau
- N° 10 *Nouvelle chronologie du P. d'Alzon, de sa vie, de ses écrits et de ses principales biographies. Documentation référencée*, janvier 2010, par Jean-Paul Périer-Muzet
- N° 11 *Histoire de la Province Assomptionniste de France, t. 2, Une Province aux cent visages (1952 - 2010)*, juin 2010, par Nicolas Potteau
- N° 12 *Momentos Decisivos en el camino de santidad de Manuel d'Alzon*, julio 2010, Consejo General

¹ El Consejo General ha decidido que los Cuadernos de esta colección, una vez traducidos, en especial al inglés y al español, podrían ser divulgados en forma digital (CD), modo práctico y a la vez económico.

Tabla de materias

<i>Prefacio</i>	5
Primer Momento: septiembre-octubre de 1831	9
<i>“Conversión intelectual” y vocación sacerdotal</i> P. Richard E. Lamoureux	
Segundo Momento: el 12 de diciembre de 1834	23
<i>El P. d’Alzon y su amor a la Iglesia. Acto de obediencia</i> P. Julio Navarro Román	
Tercer Momento: 1844-1845	31
<i>La elección de un colegio y la vocación religiosa. “Los años de fuego”</i> P. Lucas Chuffart	
Cuarto Momento: 1852-1858	39
<i>Quebrantos y conversión espiritual</i> P. Emmanuel Kahindo Kihugho	
Quinto Momento: el 3 de junio de 1862	49
<i>Misión de Oriente</i> P. Jean-Daniel Gullung	
Sexto Momento: 1868	63
<i>Manuel d’Alzon “entrega el testigo”</i> P. André Brombart	

Prefacio

Este Cuaderno es el resultado de tres años de reflexiones, de discusiones y también de oración. Han sido necesarias igualmente algunas investigaciones. Este trabajo es fruto de un intercambio habido durante una reunión del Consejo General hace ya algunos años. Nos preguntábamos por la mejor manera de preparar la celebración, en 2010, del bicentenario del nacimiento del Padre Manuel d'Alzon, el 30 de agosto de 1810. Nos pareció que nada de cuanto pudiéramos organizar daría fruto si no nos tomábamos el tiempo para “redescubrir” por nuestra cuenta al Fundador y vivir de su enseñanza. Con ocasión de la canonización de Santa María Eugenia Millet, en 2007, nos dimos cuenta claramente de que nuestros fundadores fueron, ante todo, hombres y mujeres en marcha por un camino de santidad. Como buenos agustinos, consideramos la vida de fe como una peregrinación, un camino lleno de imprevistos a lo largo del que encontramos retos y vislumbramos –aunque sea de modo fugaz– la gloria que nos está prometida. Los miembros del Consejo nos planteamos entonces esta pregunta: ¿cuáles fueron los retos y las alegrías del P. d'Alzon en su caminar? ¿Fue su recorrido tan “liso” como a veces nos parece?

Aunque ninguno de nosotros, en el Consejo, sea “especialista”, pudimos identificar un cierto número de “momentos cruciales” que parecen haber sido retos especialmente importantes para Manuel d'Alzon. Decidimos escoger seis, aunque también hubiéramos podido retener otros. Cada uno de nosotros eligió uno de estos “momentos cruciales” y, a lo largo de los meses que siguieron, tratamos de trabajarlos, especialmente recurriendo a las fuentes. Finalmente, cada uno elaboró un texto que compartió con los demás miembros del Consejo. Tienen entre sus manos la última versión de los textos que hemos elaborado.

Este trabajo nos permitió descubrir otra dimensión de la persona del P. d'Alzon. A partir de la celebración del Centenario, en 1980, pudimos

tomar conciencia más fuertemente de los méritos, e incluso de ciertos límites, de la personalidad del P. d'Alzon. Las investigaciones históricas y el estudio más profundo de sus principales escritos lo han posibilitado. De entonces acá, sin embargo, y gracias a los esfuerzos denodados de varios de nuestros hermanos, ha sido publicada una edición crítica de la correspondencia del P. d'Alzon y un centenar de sus cartas más significativas han sido editadas en dos volúmenes accesibles a un amplio abanico de lectores, especialistas o no, tanto laicos como religiosos. Estoy convencido de que estas cartas nos han ayudado a redescubrir al hombre d'Alzon: sus cumbres y sus valles, su amplitud de espíritu, su inteligencia, su pasión y sus afectos. Esencialmente es esta nueva mirada dirigida al hombre y al santo la que ha alimentado nuestra presentación de las encrucijadas que conoció en su existencia. No es tanto bajo los rasgos del héroe que d'Alzon se nos presenta aquí, pero la grandeza del hombre es claramente perceptible.

La presentación de nuestro trabajo es un tanto esquemática, y está hecho a propósito. Se trata ante todo de unas notas susceptibles de ayudarnos a proseguir las reflexiones y la búsqueda. Estas notas proponen un acercamiento y proporcionan información que podrían ser útiles para una jornada de reflexión e incluso para una completa semana de retiro. Por cierto que, una vez comenzado este trabajo, los miembros del Consejo hemos utilizado estos materiales para animar sesiones, tanto para religiosos como para laicos, y parece que han sido bien acogidas.

Probablemente no tendremos gran dificultad en reconocer ciertas dimensiones de nuestro propio camino de santidad en estos seis momentos decisivos de la vida del P. d'Alzon. Por eso nos parece evidente que, más allá del “estilo” y del lenguaje que podrían distanciarnos de nuestro Fundador, éste sigue siendo para nosotros un compañero, en la medida en que tratemos de responder al llamado a la santidad que nos ha sido dirigido personalmente y como miembros de la familia de la Asunción. ¡Ojalá que aprovechemos esta gracia, entre tantas otras, con motivo de este aniversario del nacimiento del Padre d'Alzon!

*Richard E. Lamoureux, a.a.
Superior General*



Daguerrotipo del abate d'Alzon, hacia 1838-1840

"He sentido crecer en mí el deseo de defender la religión en el momento en que más la atacan" (Cartas del P. d'Alzon, tomo A, p. 312, a su primo Edmond d'Alzon, Lavagnac, 10 de julio de 1832).

Primer Momento

CONVERSIÓN “INTELECTUAL” Y VOCACIÓN SACERDOTAL

Septiembre-octubre de 1831

El acontecimiento

- La decisión de Manuel d’Alzon de ser sacerdote y de ir al seminario.

“Pasé, es cierto, un momento muy triste, el de abandonar Lavagnac... Estaba en un trastorno inconcebible” (carta a Luglien de Jouenne d’Esgrigny, 16 de marzo de 1832, *Lettres*, t. A, p. 289).

Fechas significativas:

- 1828-29 (París): estudios de derecho en París, participación en diferentes grupos de reflexión (ver más adelante) y de acción caritativa
- 1829-30 (París): contactos con el abate de La Mennais (cf. Carta del 12 de enero de 1830); Manuel d’Alzon le pide (1829) un plan de estudios (Siméon Vailhé, *Vie du P. Emmanuel d’Alzon*, t. I, p. 81 y ss., para más detalles)
- 1831 (octubre): comunica a sus padres el deseo de ser sacerdote
- 14 de marzo de 1832: salida de Lavagnac para ir al seminario de Montpellier
- 20 de noviembre de 1833: partida para Roma

Descripción del momento

La decisión de Manuel d'Alzon de ser sacerdote no era fácil. Era el punto de llegada de un largo discernimiento, durante el cual había contemplado otras posibilidades: una carrera militar, el derecho, la vida política... Y para decir la verdad, no contemplaba sencillamente un oficio de cura; no aspiraba al estatuto clerical. Su gran preocupación se dirigía a la sociedad y a la Iglesia, que quería renovar de arriba abajo. Llegó finalmente a la convicción de que para llevar a cabo esa renovación, el sacerdocio era el mejor medio.

La preparación de una vocación

Para comprender exactamente la decisión de Manuel d'Alzon de hacerse sacerdote, hay que tener en cuenta ciertos elementos de su experiencia de familia y como joven adolescente.

Su experiencia familiar

El joven Manuel creció en una familia profundamente cristiana, muy vinculada a la Iglesia. Joven muchacho, disfrutaba particularmente de las celebraciones litúrgicas en la iglesia y le gustaba “celebrar” misa con sus amigos, tomando siempre el papel de celebrante principal. En su familia es donde aprendió que el servicio, sobre todo a los pobres, constituye una dimensión esencial de la vocación cristiana. Como lo indicará más adelante, esta atracción precoz hacia el sacerdocio se debilitó a lo largo de sus estudios, durante su adolescencia en París.

Su experiencia escolar

Como estudiante en *Saint-Louis* y luego en el colegio *Stanislas* no brilló especialmente, pero como explica S. Vailhé (*Vie du P. Emmanuel d'Alzon*, p. 48), su trabajo mejoraba visiblemente cuando en los estudios se trataba más de inteligencia que de imaginación o memoria. Leyó mucho durante su estancia en el *Stanislas*, a veces en aspectos que su padre no

aprobaba (por ejemplo: *L'Esprit des Lois*, de Montesquieu y, más en general, sobre filosofía política). Sin embargo, su padre hubiera deseado orientarle hacia el derecho y la función pública, como diplomático, titular de una función de gobierno o quizá como juez. Pero Manuel mostraba más inclinación a seguir las huellas de sus antepasados y, emprendiendo la carrera militar, ponerse al servicio del rey, cuyo poder estaba ahora restaurado después de la Revolución de 1789. Cuando en 1826 pidió a su padre permiso para inscribirse en la academia militar de Saint-Cyr, el Vizconde le presionó para que no siguiera de manera demasiado impetuosa su atractivo por la vida militar, sino que terminara sus estudios literarios (que continuaban por otra parte atrayéndole poderosamente y en vista de los cuales deseaba hacerse con una biblioteca bien abastecida). En mayo de 1827, Manuel parece haber renunciado a la idea de entrar en Saint-Cyr. Por el contrario, contempla el poder hacerse diputado en el Parlamento y seguir así directamente los pasos de su padre.

Su formación intelectual

Cuando consigue su bachillerato en el *Stanislas* (en agosto de 1828), Manuel ha estudiado la filosofía, la historia (con énfasis en la Reforma, la Revolución y las guerras de religión) y la literatura clásica. Notas de estudio de la época nos muestran un espíritu curioso y crítico. Esta vitalidad intelectual se nota claramente a través de su participación en numerosos grupos de estudios para jóvenes, que existían en París en aquella época. Durante periodos variables fue miembro de la *Sociedad literaria* (fundada por Emmanuel Bailly para los estudiantes católicos), de la *Sociedad de los Buenos Estudios*, que reunía a católicos y no creyentes, de la *Asociación para la defensa de la religión católica*, y de la *Conferencia religiosa*. La participación en estos grupos permitió al joven estudiante estar al corriente de las cuestiones literarias, filosóficas y políticas y de entrar en relación con varias figuras intelectuales importantes del momento. Entre otras, Félicité de La Mennais, a quien d'Alzon contactó en 1828 en *La Conferencia religiosa*, y que iba a convertirse en uno de los guías intelectuales del joven.

Última etapa

Sin embargo, aconsejado por su padre, empieza los estudios de derecho en el otoño de 1828. Lo hace con seriedad, pero no duda en escribir a sus amigos que encuentra tales estudios supremamente aburridos (“*¡Qué pesadez, el derecho!*”, Carta a Eugène de la Gournerie, 13 de julio de 1829, *Lettres*, t. A, p. 24). Durante este periodo continúa sin embargo participando en los grupos de estudios informales y muestra un interés especial por las discusiones sobre “el derecho público”, dicho de otra forma sobre las cuestiones políticas de mayor actualidad. Con seriedad, pone orden en su vida personal, asiste cotidianamente a misa y se compromete con las obras de caridad (visitas a enfermos, instrucción religiosa, etc.). Al comenzar el segundo año de estudios de derecho en París (en 1829), elige a La Mennais como guía intelectual. El maestro le propone un plan de estudios, pero anima sobre todo al joven estudiante a que se forme “un sistema de ideas”, una perspectiva intelectual de conjunto, que, como La Mennais lo subraya con razón, no se puede adquirir sino mediante un intercambio continuo, incluso diario, entre maestro y estudiante. En enero (1830), la orientación futura del joven parece tomar forma claramente.

En una carta (del 21 de enero de 1830, *Lettres*, t. A, p. 34) a su mejor amigo, Luglien de Jouenne d’Esgrigny, respondiendo a las objeciones de Luglien sobre su proyecto de futuro, el joven d’Alzon expone las etapas de su discernimiento y las razones de su elección. Le habla de su atracción inicial por la vida militar, de la necesidad de adquirir una experiencia en la administración, de servir en “la tribuna”, o finalmente como miembro de la Cámara de Diputados. Muy pronto había comprendido que estaba llamado a “*la defensa de la religión*”, pero había pensado al principio que eso se podía hacer siguiendo una carrera política. Por otra parte es lo que su amigo Luglien le hubiera aconsejado (ver su carta a d’Alzon del 23 de enero de 1830, *Dossier sur la vie et les vertus du P. Emmanuel d’Alzon*, vol. II, t. I, p. 65: “*Tendrás mil veces más influencia para hacer el bien evitando la sotana de sacerdote... Tu misión es ser un hombre honrado en medio de otros hombres; tu ejemplo en el mundo será más útil que tu ejemplo entre los sacerdotes*”). La respuesta de d’Alzon es sencilla: “*Pronto me di cuenta de que la soberanía no existía ni en el palacio de Borbón [Cámara Baja] ni en*

Las Tullerías [Senado], y que, en una sociedad tan enferma, no se podía tener influencia sino separándose enteramente de ella...". Por lo tanto, la conclusión es: "... poco a poco, los deseos de tomar estado cayeron y no vi ante mí sino el sacerdocio".

Importa resaltar que para Manuel d'Alzon el sacerdocio se entendía dentro de una misión muy precisa, "*la defensa de la religión*", de la que no cesa de profundizar el sentido en su correspondencia entre 1830 y 1835. ¿Qué entendía él por la defensa de la religión y cómo pensaba proseguirla? La fórmula contiene todo un análisis de la sociedad francesa de la época. Para d'Alzon se trataba de "*una sociedad tan enferma*" (ver más arriba), en la que el Estado estaba sin derecho ni poder legítimo, donde "*Dios no mandaba*". Tenía conciencia de vivir "*en un tiempo en que todo está agitado, variable, incierto*", y sobre todo "*en que el porvenir es tan oscuro que cada uno... está amenazado*", una sociedad invadida por el egoísmo, donde "*el amor se ha refugiado en lo que hay de más material*" (carta a Edmond d'Alzon, 10 de julio de 1832, *Lettres*, t. A, p. 312). La Iglesia y el clero no escapan a su crítica: "*Las tristes reflexiones que te han inspirado la conducta de ciertos sacerdotes, yo me las hago desde hace mucho tiempo... Es inconcebible humanamente hablando, que con todas las pasiones que han recubierto desde hace dieciocho siglos las sotanas de todos los colores, la religión no haya perecido, matada por el contraste entre las enseñanzas y la conducta de sus ministros*" (ibid.).

Resume su análisis en una carta más tardía (18 de marzo de 1835, *Lettres*, t. XIV, p. 63), a Alfonso de Vignamont: era necesario "*devolver a las inteligencias las fuerzas que han perdido (y) reparar este agotamiento moral del que se lamenta por todos lados*". Se sentía ante una sociedad que había perdido sus puntos de referencia. Su deseo, pues, era "*renovar*", "*regenerar*" la sociedad, y para ello no veía mejor medio que la religión, en la que "*descubro, en las profundidades del dogma católico, tantas riquezas, una savia tan fuerte, una vida tan potente que, por una parte, no puedo concebir cómo un sacerdote que quiera renovar la sociedad pueda buscar otros medios distintos a los que encuentra en la verdad misma*". Hay que "*hacer brillar (ante las inteligencias) aquella luz que alumbra a todo hom-*

bre que viene a este mundo, reanimarlas con los rayos del Verbo eterno” (ibid.).

Para prepararse a esta misión, el joven d’Alzon se dedica a dos años de estudios personales en Lavagnac: los Padres de la Iglesia (San Agustín, San Juan Crisóstomo, Tertuliano, etc), la Biblia, la teología, las lenguas (alemán, inglés, italiano). Se entregaba al estudio de las “*ideas madre, es decir, de los principios capaces de fecundar el espíritu de cualquiera que esté llamado, por vocación, a asumir algún ascendiente sobre los hombres, ideas que, por no ser admitidas en la cabeza de ciertos sacerdotes, les dejan sin influencia alguna sobre la sociedad*” (carta a d’Esgrigny, 11 de agosto de 1832, *Lettres*, t. A, p. 323). Llegado al seminario de Montpellier, continuará en el mismo sentido, pero se lamentará de que el nivel intelectual sea muy pobre allí (ver cartas a Henri Gouraud, del 18 de julio de 1832, *Lettres*, t. A, p. 315, y a su hermana Agustina, del 29 de enero de 1833, *Lettres*, t. A, p. 380).

Hacia el final de esta etapa de discernimiento, d’Alzon resume su recorrido en una carta a su hermana Agustina. Algunas cosas tenía claras:

- Estaba llamado a vivir en medio de los hombres (y no en la Trapa o en la Cartuja).
- Dios le quería en el estado eclesiástico.
- Sin embargo no le llamaba al ejercicio del ministerio.
- No estaba claro a qué le llamaba Dios en concreto: había pues que esperar con confianza; lo mejor era no considerar demasiado el porvenir.

Su decisión de ir al seminario es por lo tanto la conclusión de un largo caminar, tanto intelectual como espiritual, que le llevó a lo que podríamos llamar una “conversión” intelectual: “*Todos los días se opera en mí una revolución, no del mal al bien, por desgracia, sino que veo un montón de cosas desde un punto de vista diferente*” (carta a Alfonso de Vigniamont, 18 de marzo de 1835, *Lettres*, t. XIV, p. 63). Estaba en efecto convencido de la importancia del estudio y de la doctrina de la Iglesia para cualquier esfuerzo de renovación, tanto en la esfera de la Iglesia como en la de la sociedad.

*“En sus orígenes, esta vocación es fruto de la reflexión; es, por decirlo así, completamente intelectual. Manuel ha visto a la Iglesia de su tiempo atacada por todas partes; la ha visto también y sobre todo la ha juzgado tan mal defendida en el ámbito doctrinal que todo el empuje de su natural generoso le ha impulsado de entrada a alinearse entre los soldados laicos, luego a comprender insensiblemente que esta lucha exigía de él todas las renunciaciones” (S. Vailhé, *Vie du P. Emmanuel d’Alzon*, t. I, p. 87).*

Entre sus años jóvenes y su salida de Lavagnac para el seminario de Montpellier, la noche del 14 de marzo de 1832, Manuel d’Alzon ha vivido una evolución importante y ve ahora su compromiso total al servicio de la Iglesia como constitutivo de un compromiso para la renovación de la sociedad. A lo largo de los años que seguirán, su comprensión de lo que debe ser esta renovación experimentará igualmente una evolución¹, pero a partir de los 22 años la orientación general de su misión sacerdotal está trazada.

Conclusión

Es evidente que el caminar vocacional del joven d’Alzon no fue fácil, pero su deseo de seguir a Jesucristo y responder a las necesidades más profundas de la Iglesia y de la sociedad de su tiempo le ha orientado en todo el recorrido. Para discernir mejor la llamada del Señor, tomó todos los medios posibles: acompañamiento espiritual, reflexión y diálogo con sus amigos, estudio y oración. Para realizar su objetivo apostólico, se preparó seriamente, sobre todo mediante el estudio. En un contexto social y eclesial complejo, su discernimiento lleva el sello de una gran libertad respecto de su familia, y de una gran lucidez respecto de la Iglesia y de las corrientes intelectuales de la época. Nos empuja a reflexionar sobre nuestra propia adhesión a Jesucristo y sobre la pasión apostólica que nos habita.

¹ A lo largo de toda su vida, d’Alzon continuará reflexionando sobre el mejor modo de renovar la sociedad. Para citar un ejemplo de la evolución de sus concepciones, ver sus artículos escritos en la revista *La Liberté pour tous* (1848) y sus discursos a los Capítulos Generales de 1868 y 1873.

Textos de Manuel d'Alzon que esclarecen este momento

- Cartas de Manuel d'Alzon a Luglien de Jouenne d'Esgrigny (21 y 24 de enero de 1830, *Lettres*, t. A, p. 34 y 38)
- Reflexión sobre su plan de estudios (febrero de 1831, *Escritos Espirituales*, p. 745-749)
- Carta de Manuel d'Alzon a Edmond d'Alzon (10 de julio de 1832, *Lettres*, t. A, p. 312)
- Carta de Manuel d'Alzon a su hermana Agustina (29 de enero de 1833, *Lettres*, t. A, p. 315)
- Carta de Manuel d'Alzon a Alfonso de Vigniamont (18 de marzo de 1835, *Lettres*, t. XIV, p. 63)

Textos bíblicos que permiten profundizar el sentido de este momento

- Mateo 19, 16-30 (el joven rico) y Marcos 10, 17-31
- Mateo 21, 33-46; Marcos 4, 1-34; Lucas 4, 16-44 (sobre el Reino)
- Mateo 13, 44-46 (el tesoro y la perla, relacionado con la carta a d'Esgrigny del 9 de enero de 1831)
- Juan 4, 4-42 (La Samaritana)
- Efesios 4 (una doctrina sólida)
- 2ª Timoteo 4 (un ánimo de instruir, una sana doctrina)

Breve bibliografía

- San Agustín,
Confesiones, III, iv
La Ciudad de Dios, XIV y XIX
- Manuel d'Alzon,
Capítulo de 1868 (Sobre el Reino y los derechos de Dios) (*Escritos Espirituales*, 129-146)
Cartas al Maestro de novicios (1-3), "Advenimiento del Reino de Nuestro Señor Jesucristo" (*Escritos Espirituales*, 659-672)
- Siméon Vailhé, *Vie du P. Emmanuel d'Alzon*, París, 1926, t. I
- *Dossier sur la vie et les vertus du P. Emmanuel d'Alzon*, Roma, 1986

Extractos de textos

Carta de Manuel d'Alzon a Luglien de Jouenne d'Esgrigny (24 de enero de 1830, *Lettres*, t. A, p. 38): las etapas de su discernimiento.

Si te causo pena hablándote de mi futuro, si esto va a disminuir tu amistad para conmigo, entonces ¡ya está todo dicho! No te hablaré más del asunto. Pero como hay que amar ante todo a los amigos por ellos mismos y no para sí, estoy resuelto a no hablarte más de nada, hasta que no me hayas asegurado de que me quieres lo suficiente como para sufrir que te cause pena. Mientras tanto te escribo.

Tú no quieres en absoluto entrar en razones. Te doy miedo en sota-na. ¿Quieres que te diga todas mis cavilaciones antes de detenerme en esa idea que tanto te repugna?

En primer lugar, hasta la edad de diez a doce años, esa idea me complacía singularmente. Luego la abandoné durante algún tiempo, y la carrera que más me sonreía era la carrera militar. Renuncié a ella, sin embargo, por algunas consideraciones de mis padres. Pero, a partir más o menos de esa época, decidí consagrarme a la defensa de la religión, y esta idea se desarrolló en mí de una manera sorprendente. Desde ese momento, te lo confieso, sentí hacia los cargos públicos una extrema repugnancia. Quería entrar en una carrera, pero hubiera sido por poco tiempo. Hubiera sido para tener la oportunidad de ponerme más al corriente de la marcha de la administración.

Entonces no veía más que un solo campo de batalla digno de mí, la tribuna, y creí mi deber prepararme para ello mediante estudios exigentes. Sin embargo, por la misma razón que me llevaba al desprecio de los puestos públicos, y porque me creía en un Estado sin derecho y, por consiguiente, sin poder legítimo, pensaba que allí donde Dios no manda, yo me sentía hecho para aspirar a la soberanía. Ahora bien, esta soberanía sólo existe, a mi ver, en la Cámara elec-

tiva y sólo en la Cámara electiva. Lo cual hizo que, cuando la dignidad de pares recibió un nuevo recluta, hace dos años, no me disgustó en absoluto que mi padre no estuviera entre los 76; aunque, dicho entre nosotros, pienso que vale más que la mayoría de ellos y que quizá hubiera pertenecido al “rebaño de Jeannot”, si no hubiera guardado constantemente un estilo de independencia concienzuda, de la que la Cámara no ofrece a mi ver sino un ejemplo contrario.

Pero llevando las cosas más allá, pronto me di cuenta de que la soberanía no existía ni en el palacio Borbón [Cámara baja], ni en las Tullerías [Senado], y que, en una sociedad tan enferma, no se podía tener influencia sino separándose enteramente de ella y ejerciendo sobre ella todo el peso de los derechos que no le pertenece dar. Desde entonces mi entusiasmo por la representación parlamentaria cesó completamente y no vi en el gobierno francés sino una máquina decrepita cuyos engranajes era inútil, si no peligroso, reparar.

Al elaborar mi plan de vida llegué, por otras consideraciones, a tomar la decisión de que, si algún día tomaba estado, sería no antes de los treinta y cinco años, mientras contemplaba con gozo, en la lontananza de mi carrera, la posibilidad de consagrarme a Dios. Poco a poco los deseos de tomar estado fueron cayendo y no quedó ante mí sino el sacerdocio, para el que no tenía nada que sacrificar, pues ya no tenía casi ataduras con el mundo. ¿Sabes lo que me asustó entonces? Fue mi poco entusiasmo, fue la frialdad con la que contemplaba los sacrificios que debería hacer y la posibilidad de recoger frutos. Esta facilidad con la que creía poder romper mis ataduras me asustaba; pero lo que me asustaba más aún era la falta absoluta de entusiasmo. Pero este entusiasmo llegó al fin, y ya no he tenido que temer sino el peso de la carga que deseaba llevar. Ha llegado y ha ido en aumento cada vez que me he acercado a la Mesa Santa. Se ha apoderado de mí, me ha preservado de varios descarríos y me ha hecho desear vivamente el momento de la libertad; porque uno se libera verdaderamente a medida que entra en un orden más perfecto.

Ahora mi único deseo es hacer la voluntad de Dios. No estoy en modo alguno apurado, aunque deseo entrar lo más pronto posible a su servicio; pero estoy tranquilo y me pongo en sus manos.

Todo lo que acabo de decirte debe probarte que he reflexionado, que no he querido sino perfeccionar los medios de cumplir la tarea que me había impuesto, que esta evolución sucesiva en mis ideas no deja entrever retroceso alguno, y que por lo tanto no hay razón para pensar que me dejo llevar por una ilusión.

Adiós, mi querido Luglien. Respóndeme y ábreme tu corazón, como yo te abro el mío. En otra ocasión desarrollaré cómo entiendo yo al sacerdote. ¿Quizá ya no lo encontrarás inaccesible a la amistad y no mirarás ya la sotana como un vestido de bronce, que impide al corazón expandirse y recibir el desahogo de otro corazón?

Carta de Manuel d'Alzon a su primo Edmond d'Alzon (10 de julio de 1832, *Lettres*, t. A, p. 312): resume su pensamiento.

Parece ser que mi entrada al seminario da que hablar a mucha gente, de muchas maneras, pero pocas personas han captado mi modo de pensar tan bien como tú...

Dios me ha dado la gracia de ser servicial y he sentido crecer en mí el deseo de defender la religión en el momento en que más la atacan. Me gusta pensar que, en estos momentos en que todo está inestable, variable, incierto, en que el porvenir es tan oscuro que todo el mundo, sea cual sea su posición o su opinión, está amenazado, yo me atenia a algo fijo, inmutable, y que si corro algún peligro, al menos es por una causa que merece la pena. Te lo habré dicho quizá alguna vez: nada me indigna tanto como el egoísmo que veo invadir hoy la sociedad.

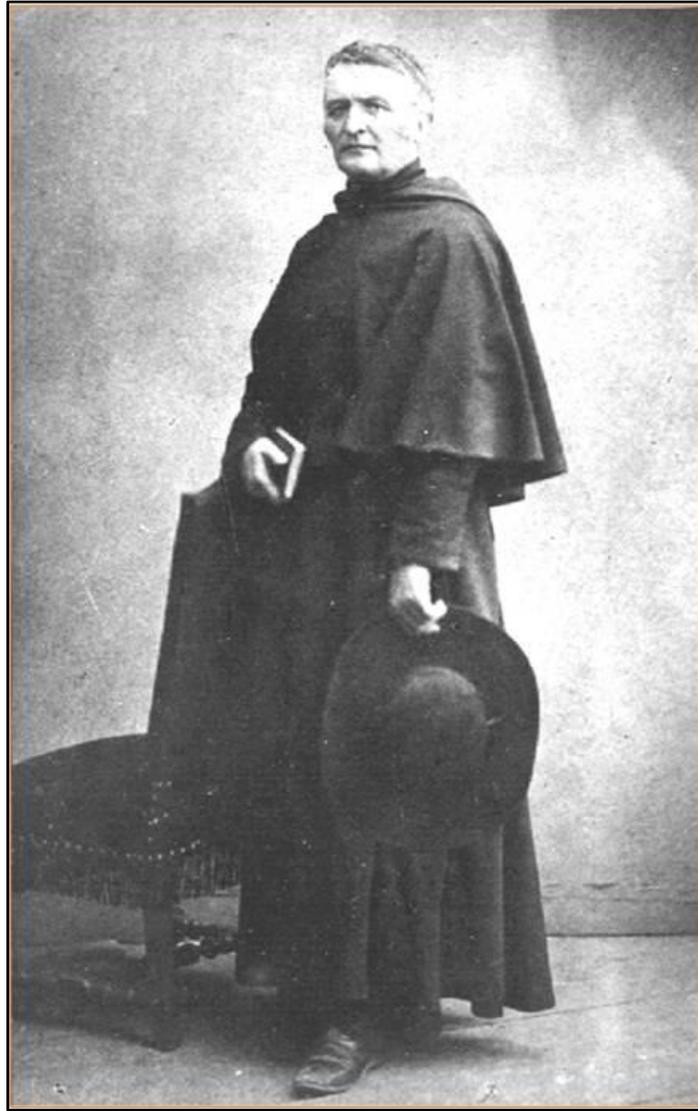
Carta de Manuel d'Alzon a Alfonso de Vigniamont (18 de marzo de 1835, *Lettres*, t. XIV, p. 63): su conversión "intelectual".

...Todos los días se opera en mí una revolución... veo un montón de cosas desde un punto de vista diferente. A medida que estudio la religión, descubro en las profundidades del dogma católico, tantas riquezas, una savia tan fuerte, una vida tan potente que, por una parte, no puedo concebir cómo un sacerdote que quiera renovar la sociedad pueda buscar otros medios distintos a los que encuentra en la verdad misma, y por otra, me parece que el mejor, el único medio de devolver a las inteligencias las fuerzas que han perdido, de reparar aquel agotamiento moral del que se lamentan por todas partes, es hacer brillar ante ellas aquella luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, calentarlas con los rayos del Verbo eterno.

...desde este punto de vista, me disgusta cada vez más la política, porque la considero en estos momentos como una cosa muerta, ya no veo en ella la vida, sólo veo en ella convulsiones, esfuerzos impotentes hacia el orden, tentativas estériles, mientras el pensamiento católico no venga a penetrarla de caridad, de justicia y de aquel espíritu de libertad cristiana que, digan lo que digan, está hoy totalmente ahogado.

El pensamiento más íntimo de mi alma es que el mundo necesita ser penetrado por una idea cristiana si no ha de caer en disolución y que no puede recibir esta idea sino mediante hombres que se ocupen ante todo de esta idea, con el fin de presentarla en todas las formas que pueda revestir. Dicen que el mundo es impío. Creo, sin duda, que las pasiones le desvían del bien, pero creo sobre todo que es ignorante; se necesita, pues, instruirlo y prepararle una instrucción en términos que pueda comprender.

Richard E. Lamoureux, a.a.



El P. d'Alzon fotografiado de pie, con sombrero en mano: 1859-1862.
Este sombrero romano no es un simple detalle de su vestimenta: el P. d'Alzon se presenta así como ultramontano, “siempre fiel a Roma”.

Segundo Momento

EL PADRE D'ALZON Y SU AMOR A LA IGLESIA Acto de obediencia

12 de diciembre de 1834

El Papa mismo le pide una adhesión formal a la enseñanza de la Iglesia

Uno de los rasgos fundamentales de la vivencia espiritual y del camino de santidad del Padre Manuel d'Alzon fue **su amor a la Iglesia**. Este amor supo transmitirlo a sus discípulos (Asuncionistas, Oblatas de la Asunción, dirigidos y dirigidas espirituales, laicos que colaboraron con él, alumnos de su Colegio) como **parte esencial del carisma y de la espiritualidad** de la Asunción.

Ya a los 24 años, da prueba de la madurez y solidez de su amor a la Iglesia, que no hará más que acrecentarse con el correr de los años. Este amor se fundamenta en una sólida teología de la Iglesia y al mismo tiempo en la vivencia de ciertas virtudes llevadas hasta el heroísmo.

Habría que destacar aquí cómo el amor a la Iglesia se traduce en Manuel d'Alzon en una magnífica y perfecta simbiosis de **fidelidad a la Iglesia universal** (que se expresa en su veneración y en su obediencia incondicional al Papa) y de **fidelidad a la Iglesia local** (a la que sirvió con generosidad, audacia, creatividad y desinterés durante toda su vida).

El acontecimiento

- el 12 de diciembre de 1834, acto de sumisión

El viernes 12 de diciembre de 1834, en vísperas de su ordenación a las Ordenes Mayores, tiene que firmar sorprendentemente, a pedido del Papa (Gregorio XVI) y ante el Cardenal Vicario de Roma (Carlo Odescalchi), un acta de sumisión formal a las Encíclicas *Mirari vos* (1832) y *Singulari nos* (1834). Esto significa afirmar explícitamente que no comparte ni defiende las ideas de Félicité de La Mennais.

¡Hecho sorprendente! ¿Por qué se le pide a Manuel d'Alzon esta declaración de sumisión casi como condición necesaria para ser ordenado sacerdote? ¿El mismo Papa pone en duda la pureza de su fe católica y su obediencia a las enseñanzas de la Iglesia? ¡Acontecimiento muy doloroso para el joven d'Alzon, en el momento mismo en que hace la opción de consagrar toda su vida al servicio de la Iglesia! El mismo narra el acontecimiento en una carta escrita a su padre el día de su ordenación, en la que trata de encontrar una explicación al hecho y donde expresa sus sentimientos con la pasión y sinceridad que lo caracterizan. En el gesto de Manuel d'Alzon se destacará siempre su determinación y su prontitud: no quiere ningún plazo y firma al instante.¹

Sería demasiado largo decirle toda la angustia que he experimentado antes de recibir las órdenes (...). Me han jugado una mala pasada. Creo que es el obispo de Puy. Sea como sea, ha habido una denuncia contra mí a propósito de mis opiniones. No se me dice nada. (...) Luego me propuso, en nombre del Papa, que firmara una fórmula mediante la cual yo me adhería a la Encíclica (...) Me propuso que me tomara un tiempo para reflexionar. Le respondí que no lo

¹ “Este simple gesto es la aplicación bajo la forma más meritoria del amor al Papa, que el P. d'Alzon ha inscrito encabezando sus Reglas. Sus hijos tendrán ocasión más de una vez de seguir su ejemplo. Les bastará con recordar este gesto para encontrar inmediatamente la misma entereza y la misma fe” (Polyeucte GUISSARD, *Le Père Emmanuel d'Alzon, Fondateur des Augustins de l'Assomption. 1810-1880*, París, Bonne Presse, 1935, p. 49).

necesitaba y firmé al instante. (...) Es bastante desagradable obtener la satisfacción del Papa de semejante manera... (Carta a su padre, el 26 de diciembre de 1834, Lettres, t. A, p. 759-762).

Algunas reflexiones

Para comprender mejor el acontecimiento del 12 de diciembre de 1834, he aquí algunas reflexiones.

1. En primer lugar, hay que decir que Manuel d'Alzon vivió lo que se ha llamado la “*crisis menesiana*” durante toda su estadía en Roma: desde finales de noviembre de 1833 hasta junio de 1835. Se convierte en « *un discípulo privilegiado en el corazón del drama* » (BORDET, p. 56). No fue un mero espectador a distancia, sino que estuvo en contacto permanente con cierto número de eclesiásticos romanos bien informados y percibió mejor que muchos otros amigos o discípulos de La Mennais las controversias y divergencias que había en el interior de la Curia romana. Fue un observador atento y lúcido, y supo poner un sano equilibrio entre sus sentimientos (su evidente simpatía, admiración e incluso amistad para con La Mennais) y el campo de las ideas y de la fidelidad a las decisiones de la autoridad eclesiástica. Manuel y sus amigos romanos trataron de reconfortar y de apoyar a La Mennais, pero también hicieron todo lo posible para que se mantuviera fiel a la Iglesia.

El abate de la Mennais es condenado por una encíclica (...) Como estoy enteramente sometido, estoy tranquilo en lo que a mí se refiere, pero temo las consecuencias, y no soy el único. (...) Adiós. A pesar de esto, me siento un poco contrariado, pero no haré tonterías. Ayer, de nuevo, fui a besar los pies de San Pedro y a pedirle valor para mí y para aquellos que lo necesitan. (Carta a su hermana María, del 30 de junio de 1834, Lettres, t. A, p. 597-598).

Por fin Roma ha hablado. El Papa, en una nueva encíclica, condena su obra sin nombrarle. No son puntos extraídos y anotados separa-

damente, sino una censura general de todo el libro. Sus amigos están sumergidos en el dolor, se someten pero tiemblan ante las funestas consecuencias que prevén. Me encargan que le exhorte a un silencio absoluto y a dejar que el tiempo actúe. Dentro de unos días le daré los detalles que haya recogido. A penas me atrevo a hablar de mi profunda aflicción y de los ardientes votos que hago para que esta nueva prueba, por muy penosa que sea, no disminuya en nada su adhesión a la Iglesia de Jesucristo. (Carta a La Mennais, del 1º de julio de 1834, Pages d'Archives, p. 327 y Lettres, t. XIV, p. 46).

2. Por otra parte, Manuel sufre a causa del ambiente de mezquindad y de intrigas político-religiosas que va descubriendo en los medios eclesiásticos de Roma y en la administración de la Iglesia. Se rebela contra este ambiente. En su correspondencia podemos leer sus severas y amargas críticas. Él mismo se siente observado y juzgado en ciertos ambientes. Pero precisamente, y pese a ese ambiente demasiado humano y tan poco evangélico, Manuel reafirma con fuerza su fe y su confianza en el poder divino de la Iglesia y en su dimensión sobrenatural.

Ignoro si podré acostumbrarme a Roma, porque, para acostumbrarse a una cosa, hace falta comprenderla. Ahora bien, Roma es para mí un misterio que tardaré mucho en descubrir. Una mezcla de fe y de abusos, de virtudes y decadencia, de fortaleza y debilidad, de política del miedo y de amor al bien, todo eso amalgamado, confundido. ¡Desenrede quien pueda! Las más activas inteligencias se desgastan en asuntos poco importantes y dejan de lado asuntos vitales. (...) Adiós. Sí, te necesito, pues estoy pasando momentos difíciles. La vista de ciertos males de la Iglesia me afecta de manera dolorosa, sin duda porque mi fe es demasiado débil. Sin embargo, hay que prepararse para el combate. (Carta a d'Esgrigny, del 24 de febrero de 1834, Lettres, t. A, p. 507-511).

Si quiere saber el resultado que estos acontecimientos han operado en mí personalmente, le diré que me han hecho sufrir mucho, pero también que han purificado mi fe, la han hecho descansar cada vez

más en Dios y querer sólo el bien de la Iglesia. ¡Oh!, fuera de eso, ¡qué pequeño es todo, qué débil, qué ilusorio! Pídale a Dios, se lo suplico, que yo saque lecciones de humildad y esperanza de todo lo que ha sucedido ante mis ojos. (Carta al abate Fabre, del 24 de agosto de 1834, Lettres, t. A, p. 664-665).

No puedo ocultarle que todas estas pruebas me han hecho sufrir mucho. Fénelon, tras su condena, decía: “Me someto, pero lloro”. Como mi sumisión ha sido fácil, ya que reconozco que el señor de la M[ennais] era condenable, lo más cruel para mí fue el golpe mismo, y podría decir que me he sometido, pero lo he hecho rugiendo. (...) Creo que, de todos los dolores, el mayor que pueda apoderarse de un corazón que ama a la Iglesia, es ver sus intereses comprometidos por aquéllos que deberían defenderla. (Carta a su padre, del 25 de agosto de 1834, Lettres, t. A, p. 667).

He intentado someterme con la sencillez de un niño; luego he tratado de tomar las palabras de la encíclica en el sentido que me parecía el más natural. He visto, por supuesto, que se condenaba algo, pero que ese algo no era gran cosa. (Carta a su hermana Agustina, del 17 de enero de 1835, Lettres, t. A, p. 771).

En cuanto a mí, estudio todos los días y me afirmo en algunas convicciones, cuya importancia mi viaje me ha hecho comprender. La primera es que hay que trabajar siempre en favor de Roma, a veces sin Roma, jamás contra Roma. (Carta al Padre Fabre, profesor en el Seminario de Montpellier, del 23 de agosto de 1836, Lettres, t. A, p. 658).

3. Se ha hablado mucho del desgarramiento interior que habrá significado para Manuel d'Alzon tener que optar entre su lealtad y amistad para con La Mennais y su fidelidad a la Iglesia. Se ha hablado de separación y de ruptura. Es cierto que d'Alzon admiró la personalidad brillante de La Mennais y se entusiasmó con sus ideas y proyectos; también le pidió consejos para sus estudios. Pero es igualmente cierto que Manuel había hecho su propia opción ya a los veinte años, opción muy clara y a la que se mantuvo fiel toda

su vida: luchar por la “defensa de la religión”, hacer reinar en la sociedad los derechos de Dios, dar a la Iglesia toda su libertad frente a los poderes políticos, luchar por la “regeneración” de la sociedad. Esta misión le parece “bella” y “sublime” (*Lettres*, t. A, p. 332). Manuel tiene una mirada optimista e impregnada de esperanza cristiana sobre la realidad de su época (*Lettres*, t. A, p. 345). Su opción es una opción de fe y una opción de Iglesia. La Mennais optó por el camino de la lucha política.

No ignoro todo lo que me espera una vez que sea sacerdote. Sé que sacrifico mi libertad, bastante necesaria hoy. He reflexionado mucho sobre si no tendría más facilidad para hacer el bien del que soy capaz siguiendo en el mundo como simple católico. Me parece que Dios me quiere en otro sitio y que debo trabajar precisamente como sacerdote. (Carta a La Mennais del 26 de noviembre de 1834, *Pages d'Archives*, p. 334 y *Lettres*, t. XIV, p. 53).

Le aseguro que, sin dejar de compartir todavía las ideas del señor de la M[ennais] sobre muchos puntos, me alejo de ellas positivamente en cuanto a la política; (...) Él está convencido de que hoy ya no se puede, no se debe hablar de religión, que hay que llevarlo todo al terreno de la política; y yo, por el contrario, creo y estoy convencido de que hay que llevarlo todo al terreno de la religión. (...) En este momento hablo como sacerdote, y no como simple Francés. Esa desconfianza respecto de las fuerzas de la Iglesia tiene algo de injuria a la verdad y a la esencia misma del catolicismo, como si pareciera incapaz ya de defenderse por sus propias fuerzas. (Carta a su padre, del 28 de marzo de 1835, *Lettres*, t. A, p. 797-798).

Conclusión

El acto de sumisión del 12 de diciembre de 1834 es un hito importante en su camino hacia la santidad. Fue sobre todo un acto de fe teologal en la Iglesia y de amor sobrenatural hacia ella. « Si d'Alzon ama tanto a la Iglesia, esto no significa que ignora sus deficiencias. Por sobre ellas, cree

en la acción y en las garantías divinas. Su correspondencia durante su estancia romana refleja que su adhesión a la Iglesia y a la Santa Sede es un asunto de fe » (*Dossier sur la vie et les vertus du P. Emmanuel d'Alzon*, vol. I, p. 67).

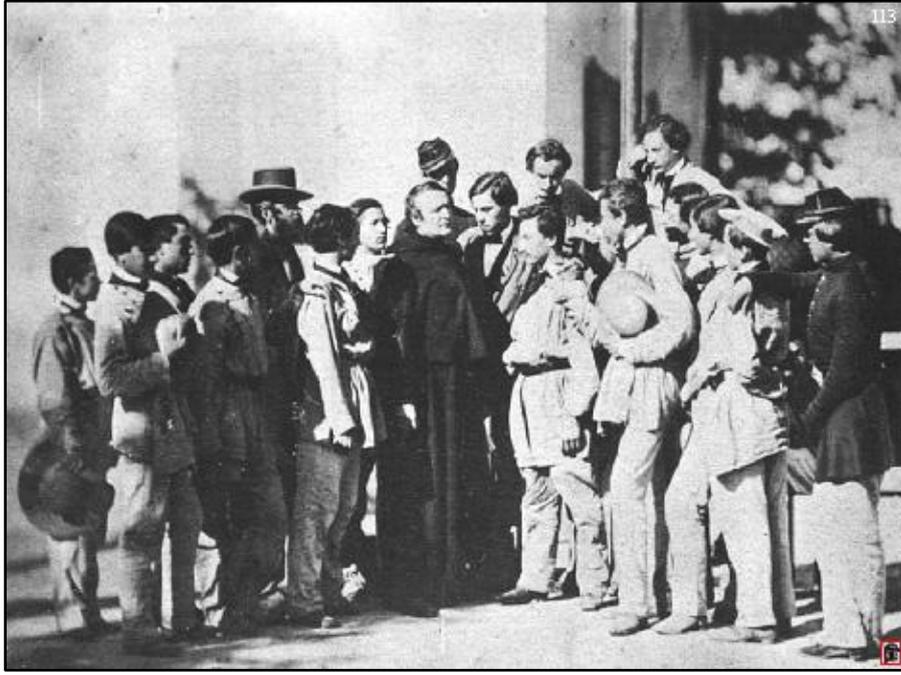
Textos bíblicos que permiten profundizar el sentido de este momento

- 1ª Corintios 12 (diversidad y unidad en un mismo cuerpo)
- Efesios 4 (Iglesia, Cuerpo de Cristo)
- Juan 15 (la Vid y los sarmientos)
- Apocalipsis 12 (la Mujer y el dragón)

Pequeña bibliografía

- Siméon VAILHÉ, *Vie du P. Emmanuel d'Alzon*, París, Bayard, 1926, t. I (1810-1851), cap. VII, VIII, IX, p. 134-204.
- Gaston BORDET, *Emmanuel d'Alzon et la crise mennaisienne 1828-1835*, en *Emmanuel d'Alzon dans la société et l'Eglise du XIXe siècle*, Colloque d'histoire sous la direction de René RÉMOND et Emile POULAT (décembre 1980), Paris, Editions du Centurion, 1982, p. 37-82.
- Jean-René DERRÉ, *Les relations entre E. d'Alzon et Lamennais*, en *Emmanuel d'Alzon dans la société et l'Eglise du XIXe siècle*, Colloque d'histoire sous la direction de René RÉMOND et Emile POULAT (décembre 1980), Paris, Editions du Centurion, 1982, p. 83-106.
- *Dossier sur la vie et les vertus du P. Emmanuel d'Alzon*, Roma, 1986, vol. I : *Sommaire de la vie et des vertus*, p. 63-68 ; vol. II : *Documentation Biographique*, t. I, cap. VI y VII, p. 125-247.
- Jean-Paul PÉRIER-MUZET, *El Padre Manuel d'Alzon por sí mismo. Antología Alzoniana*, Roma, t. I, cap. 6 y 7; t. II, cap. 5, 6 y 7.

Julio Navarro Román, a.a.



El P. d'Alzon, con Germer-Durand, codeado de alumnos del colegio.
Fotografiado por Disderi, hacia 1852-1853.

Tercer Momento

LA ELECCIÓN DE UN COLEGIO Y la VOCACIÓN RELIGIOSA

“Los años de fuego”

El acontecimiento

- La “elección” de aceptar la dirección de un Colegio y “el nacimiento” de una vocación religiosa.

Fechas significativas:

- 22 de enero de 1844: Con el abate Goubier, el abate d’Alzon (34 años) toma posesión del pensionado de la Asunción en el centro de la ciudad de Nimes, como “propietario” (acta de compra de 1843) y como administrador.
- Junio de 1844, en el santuario de la Consolata de Turín: Manuel d’Alzon hace voto de renunciar a las dignidades eclesiásticas.
- Junio o Julio de 1844, en Nuestra Señora de las Victorias de París: el abate d’Alzon emite los votos privados de religión y, a su regreso a Nimes, se instala en el Colegio y vive como religioso a partir de septiembre de 1845.
- 16 de agosto de 1844: Manuel d’Alzon traza el balance de su vocación “religiosa” en una carta a la Madre María Eugenia de Jesús con quien está trabajando en la redacción de las Constituciones de las Religiosas de la Asunción.

Descripción del momento

Este periodo (1844-1851) es denominado “Orígenes de la Asunción” en la *Cronología* de S. Vailhé. Se trata pues de una génesis, de un periodo importante de fundación. Podríamos designar este periodo bajo el título de “Los años de fuego”.

Sin dejar su ministerio de Vicario General, Manuel d’Alzon vive una **conversión apostólica** al hacerse cargo, casi sin saberlo, tras la fundación de un Carmelo en 1843 (prueba de la importancia de la oración en la vida de Manuel d’Alzon), del pensionado de la Asunción a partir de la inauguración del curso escolar de 1844. Con los consejos autorizados de dos laicos agregados de Universidad a quienes contrata, Eugenio Germer-Durand y Julio Monnier, Manuel d’Alzon elabora principios de educación inspirándose en parte en las prácticas pedagógicas y los consejos de la Madre María Eugenia de Jesús (ver A. SAGE, *Un Maestro espiritual del siglo XIX*, ed. en castellano, p. 35-37): una gran libertad dentro de la institución, una participación activa de los alumnos, una concreta preparación a la asunción de responsabilidades sociales, una formación de las inteligencias y de los corazones mediante la fe en Jesucristo y el amor de Dios, con la ayuda de los padres de familia cristianos.

Paralelamente, Manuel d’Alzon vive, primero interiormente y luego abiertamente, una **conversión a la vida religiosa**. Ya en 1833 había tenido la intención de hacerse sacerdote religioso, pero religioso apostólico (ver dos cartas del abate Daubrée al abate d’Alzon en junio y julio de 1833, en *Dossier sur la vie et les vertus du P. Emmanuel d’Alzon*, vol. II, t. I, p. 100-101). Casi diez años más tarde, “la estrella reaparece” (carta a María Eugenia del 20 de diciembre de 1844, *Lettres*, t. B, p. 210) y Manuel contempla crear él mismo, bajo una nueva forma, una comunidad religiosa apostólica, gracias a las sugerencias insistentes de la Madre María Eugenia cuyo director espiritual es (ver intercambio de cartas en el mes de agosto de 1844). Un equipo de profesores elegidos por d’Alzon anima un colegio de renombre dentro del cual nace una comunidad formada al principio por sacerdotes y laicos. Es lo que d’Alzon llama la “Pequeña Asociación de la Asunción”.

Manuel d'Alzon, mediante el voto que emitía en Turín en junio de 1844, se comprometía ya a “*renunciar a cualquier idea de dignidad eclesiástica*” e incluso “*rechazar cualquier cargo*” en una carrera de Iglesia (*Escritos Espirituales*, p. 639).

Así podrá “*consagrarse a formar(se) una comunidad religiosa*” pese a reconocer sus “*feos defectos*” y sus escasas “*cualidades*” apropiadas (*Escritos Espirituales*, p. 641). ¿Qué comunidad? Nada sabe aún pero quiere estar disponible en obediencia a la voluntad de Dios (Carta a la Madre María Eugenia del 24 de junio de 1844, *Lettres*, t. B, p. 160).

Estas dos conversiones de Manuel d'Alzon, conversión apostólica y conversión a la vida religiosa comunitaria, se irán profundizando y afirmándose hasta 1851, con el tiempo fuerte de los cinco años de noviciado (Navidad de 1845 - Navidad de 1850). Éste concluye con el compromiso mediante los votos públicos de religión (incluido el cuarto voto para la extensión del Reino de Dios). Gracias a la autorización finalmente concedida por su obispo, monseñor Cart, estos votos se emiten en la capilla del colegio, en compañía de sus cuatro primeros discípulos: Henri Brun, Víctor Cardenne, Esteban Pernet e Hipólito Saugrain.

Señalemos que la influencia de La Mennais fue grande en la reflexión sobre la libertad de la fe y del compromiso, pero que la impronta agustiniana en la teología, en la forma de la vida religiosa en comunidad apostólica y en la inspiración espiritual, seguirá siendo preponderante.

Como en Agustín, se podría hacer notar que una serie de conversiones van a determinar el eje de toda una vida para Manuel d'Alzon y marcarán de manera significativa su camino de santidad. Especialmente en estos “años de fuego” de 1844 a 1851.

Textos de Manuel d'Alzon que iluminan este momento

- Carta del 16 de agosto de 1844 a la Madre María Eugenia sobre la orientación de su vocación religiosa (*Lettres*, t. B, p. 183).
- Carta del 24 de diciembre de 1850 a la Madre María Eugenia, momentos antes de los primeros votos públicos de religión (*Lettres*, t. C, p. 640).

Textos bíblicos que permiten profundizar el sentido de este momento

- Llamada de los Doce (Marcos 3, 13-19), como la “Pequeña Asociación de la Asunción”.
- Parábola del tesoro escondido en un campo y que un hombre encuentra (Mateo 13, 44).
- Parábola de la levadura que una mujer mezcla en la masa (Mateo 13, 33).
- Símbolo de la estrella (sentido de la vida) que los Magos siguen en Navidad (Mateo 2, 2).

Breve bibliografía

- Athanase SAGE, *Un Maestro espiritual del siglo XIX*, Roma, 1958, p. 25ss (ed. en castellano, Bogotá, 1998, p. 35ss).
- Emmanuel d'Alzon, *Escritos Espirituales*, “Los comienzos de la Asunción”, p. 769 a 807.
- Jean-Paul PÉRIER-MUZET, *El Padre d'Alzon por sí mismo*, tomo II, cap. 13, 14 y 19: « *Deseo de fundar una Congregación* », “ *En la aventura de un colegio* ”, y “ *Una revolución en París* ”.
- Richard LAMOUREUX, *D'Alzon on Education and the Transformation of Society*, 1997, p. 6 y ss.
- *Dossier sur la vie et les vertus du P. Emmanuel d'Alzon*, Roma 1986, Sumario, p. 24 y ss y p. 27 y ss.
- Jean-Paul PÉRIER-MUZET, *15 días con Manuel d'Alzon*, Ciudad Nueva, Madrid, 2008, p. 25 y ss.

Extracto de textos

M. d'Alzon expone su "vocación" en respuesta a una pregunta de la Madre María Eugenia (Carta 349, Nimes, 16 de agosto de 1844, *Letras*, t. B, p. 183):

... comenzaré respondiendo a su última carta, aquella en que me habla de mis futuros proyectos. No puedo ocultarle que el pensamiento de ser religioso me ha preocupado largo tiempo, pese a que nunca me he sentido atraído por ninguna de las Órdenes existentes (...). Por lo tanto hay que esperar a que Dios actúe, pidiéndole que haga de mí lo que le plazca y esforzándome por corresponder a sus planes... He aquí mi modo de juzgarme: Me parece que tengo algunas condiciones para hacer lo que usted desearía. (Pero) me faltan muchas cualidades (...). Además hay que tener en cuenta ciertos hechos materiales. De entre las obras de las que me ocupo, hay tres que no puedo abandonar antes de haberlas consolidado (...).

[Por otra parte] la base moral que quisiera dar a una Congregación moderna sería:

1º la aceptación de todo lo que es católico;

2º la franqueza;

3º la libertad.

(...) sólo indico lo que debería distinguir a una Congregación moderna de las que ya existen (...).

*En cuanto al pensamiento dogmático [hoy se diría, pensamiento teológico o espiritual], si puedo servirme de esta expresión, se resume en estas pocas palabras: **ayudar a Jesucristo a continuar su encarnación mística** [subrayado mío] en la Iglesia y en cada uno de los miembros de la Iglesia. Porque siguiendo este dato, me parece, es como se puede llevar a la verdad católica en toda su ventaja contra los errores panteístas y materialistas de hoy (...).*

En resumen, si Dios quiere que yo intente algo, me parece que me pide que espere todavía un poco. Sin embargo rezaré y trataré de apartar todos los obstáculos que personalmente yo pudiera oponer a

su obra. Bajo este aspecto, acepto sus oraciones y el día de la semana que usted quiera dedicarme (...).

Usted tiene toda la razón cuando encuentra que no comprendo un montón de cosas. Lo siento como usted, (...). Me parece que sobre este tema se está realizando en mí un trabajo, y que me estoy despojando de mi entorno para llegar a ser lo que Dios quiere que sea (...).

Mi pasión más mía sería la manifestación del Hombre-Dios y la divinización de la humanidad mediante Jesucristo, y esa sería también mi filosofía (...). Adiós, rece mucho.

Fórmula de Profesión religiosa de Manuel d'Alzon, 1850 (*Escritos Espirituales*, p. 807). Ver también otras fórmulas de Profesión y la Fórmula de compromiso de los laicos de la Orden Tercera con el cuarto voto, en *Primeras Constituciones de los Agustinos de la Asunción 1855-1865*, ed. en castellano, p. 169-171.

Ego Emmanuel Maria Joseph Mauritius Daudé d'Alzon, professionem facio et promitto omnipotenti Deo coram ejus virgine matre in caelos assumpta, et universa caelesti curia ac omnibus circumstantibus, paupertatem, castitatem et obedientiam, et secundum eam peculiarem curam circa juventis eruditionem.

Insuper specialiter promitto me aucturum pro viribus regnum Domini Nostri Jesu Christi apud animas tam christianorum quam infidelium.

Nemausi in nocte natali Domini nostri Jesu Christi, anno millesimo octingentesimo quinquagesimo. E. d'Alzon.

N.B. En esta fórmula de votos, la educación de la juventud (colegio; círculos diversos...) forma un cuarto voto y la extensión del Reino de Jesucristo (con una coloración misionera) se presenta como si fuera un quinto voto.

El espíritu de la educación (*Escritos Espirituales*, “Principios de educación cristiana”, p. 1329ss). Ver también A. SAGE, *Un Maestro espiritual del siglo XIX*, ed. en castellano, p. 35-37.

Hemos de compenetrarnos profundamente con el pensamiento cristiano mediante la fuerza, la fe, el amor, bebidos en el conocimiento de Dios y de la Iglesia, y extender hacia fuera, fuertemente y en todas partes, en la inteligencia y en el corazón de los niños este pensamiento cristiano, para obrar sobre su ser entero, sin desalentarnos ante los obstáculos que presentan su ligereza y su ignorancia.

¿Cómo comunicar esta fuerza, esta fe, este amor a los niños?

(...) Si el cristiano, entrando en comunión con la vida divina, considera su alma como una potencia, la encontrará fecundada incesantemente por todo el ser de Dios. En el Padre desarrolla su fuerza, en el Hijo su inteligencia; y en la medida que conoce la verdad, se siente atraída hacia ella, se adhiere a ella y la ama; es el Espíritu Santo quien se inclina entonces hacia esa alma, la toma, la levanta. (...) [aspecto trinitario de esta concepción de la educación].

La fuerza. ¿Cómo nos es necesaria? (...) volviendo a sumergirnos en el poder mismo de Dios, (...) sepamos cuáles son los recursos que se nos ofrecen para levantarnos, para restituirnos a nuestra dignidad (...) [Imitemos a Dios en su acción creativa] con los niños (...), seamos buenos modelos (...).

La inteligencia. Uno de los medios de comunicar esta fuerza es la enseñanza mediante la que haremos conocer la verdad.

El amor. La verdad no es sólo objeto de pensamiento para el cristiano. Es sobre todo objeto de amor. Quien la busca, quien la desea, una vez que la posee, se apasiona por ella (...) [aspecto agustiniano de esta concepción de la educación]. Este amor, (...) [le encontraremos] en Dios y en la Iglesia.

Ver también Siméon Vailhé, *Vie du P. Emmanuel d'Alzon*, t. I, capítulos 17 a 22.

Lucas Chuffart, a.a.



El P. d'ALZON de descanso en Lavagnac en 1856.

Los rasgos del P. d'Alzon están visiblemente marcados por su quebranto de salud. Decía él mismo, según sus familiares, que no encontraba que su retrato le favoreciera: *"Hubiera traído mi gran retrato, pero lo encuentran horrible"*. Texto citado según una carta del 15 de abril de 1869 a la Madre CORRENSON (*Lettres*, t. VII, p. 294).

Este retrato adornaba el vestíbulo del castillo de Lavagnac en tiempos de la vida de los padres del P. d'Alzon.

Cuarto Momento

QUEBRANTOS Y CONVERSIÓN ESPIRITUAL

1852-1858

El acontecimiento

- 19-20 de mayo de 1854: Congestión cerebral seguida de una paraplejía con cese de toda actividad
- 29-30 de octubre de 1856: “La casa (el colegio) de Nimes no subsistirá”.

Descripción del momento

Un tiempo de kénosis

1854. Ya hace casi cinco años que Manuel d’Alzon es religioso, pero pronto hará diez que vive la experiencia de la vida religiosa comunitaria. Durante todos estos años, su vida está repartida entre la Iglesia, la enseñanza y su nueva familia religiosa, la Asunción. Por otra parte, está marcada por la fundación de varias obras en distintos dominios. Su renombre se extendía por todas partes, hasta el punto de ser nombrado, en agosto de 1850, para el Consejo Superior de la Instrucción Pública de Francia y fue requerido por dos veces para ser obispo, en 1848 y en 1854. Pero esta celebridad comporta también el envés de la medalla.

Físicamente, estos años de mucha labor están marcados por la acumulación de grandes fatigas, de agotamiento y neuralgias crónicas¹. Además de estos sufrimientos físicos, d'Alzon se ve acosado por las deudas para hacer vivir a sus religiosos así como para hacer funcionar sus obras. Había contraído tantas deudas que incluso ve perfilarse en el horizonte el final de su obra². Finalmente, el número de religiosos que perseveran no es para entusiasmar. El 25 de diciembre de 1851, por ejemplo, fecha de la primera profesión perpetua en la historia de la Asunción, la congregación cuenta con menos de 10 religiosos, de los cuales 4 perpetuos: los Padres Manuel d'Alzon y Brun y los Hermanos Saugrain y Pernet. Con este ritmo el porvenir de la congregación no está asegurado.

El 19 de mayo de 1854, el agotamiento, la privación de sueño, las preocupaciones, los excesos de celo, le ocasionan una congestión cerebral con paraplejía, que conocerá una cumbre al día siguiente. Es el principio de un largo vía crucis tanto físico y moral como intelectual e incluso espiritual, que va a durar más de tres años. Esta cruz le obligará muy a su pesar a guardar reposo varias veces y a renunciar a la dirección de su colegio en octubre del 1855. Por si no fuera suficiente, mientras se enfrenta a los sufrimientos físicos, otro quebranto viene a golpearle. Falto de dinero y muy endeudado, algunas de sus obras deben ser cerradas, incluso vendidas para cubrir sus deudas. Tal es la decisión de su familia, que no puede continuar sosteniéndole más. Vistos todos estos sufrimientos y estos fracasos, helo aquí en 1857, casi como su Maestro, en el Monte de los Olivos. Numerosos

¹ Carta del 11 de diciembre de 1853 (*Lettres*, t. I., p. 354). Hasta mayo de 1853, no pasan dos semanas sin que haga alusión a sus sufrimientos. Como muestra, leer sus cartas del 7 de junio de 1853, 9 de junio de 1853, 20 de junio y 21 de junio de 1853 a María Eugenia, del 21 de junio de 1853 a Amélie de Pelissier ("*estoy sin fuerzas físicas y el menor esfuerzo me agota*"), del 24 de junio de 1853 a Adolphe Amouroux, del 4 de julio a Amélie de Pelissier... (*Lettres*, t. I., p. 291ss).

² "*Experimento incluso una cierta dicha, escribe el 26 de septiembre (1848), en aceptar por adelantado el pensamiento de que Dios me pedirá quizá la destrucción de la Asunción, y todas las humillaciones y dolores que se sigan para mí. Me siento decidido a hacerlo todo para impedirlo, porque Dios lo quiere, pero siempre en este pensamiento: En todas las cosas no hay que querer más que lo que Dios quiere y no amar más que lo que él ama y en la medida en que él lo ama y por los motivos por los que él lo ama*" (Adrien PEPIN, p. 159).

amigos bien intencionados llegarán a aconsejarle que se separe de sus religiosos y sacrifique su pequeña congregación³.

Y también un tiempo de conversión y de ascensión

Hombre de su tiempo, durante todo este vía crucis d'Alzon recurre a los medios de la medicina corriente de esa época, a saber las aguas termales. Mencionemos especialmente las de Lamalou, un lugar que puede ser considerado como el Monte Sinaí de los Asuncionistas, o bien, para citar al P. Jean Paul Périer-Muzet, como “un santuario de la espiritualidad alzoniana” donde han sido escritos algunos textos mayores, en especial el *Amigo de todos los días* y el *Directorio*⁴.

Pero ante todo en la fe inquebrantable en Dios es donde d'Alzon va a resurgir. Más que en el pasado, d'Alzon se muestra como hombre de oración intensa y constante que abandona su vida y su futuro entre las manos de Dios⁵. Largo vía crucis, pues, pero a cuyo término aparece una vida nueva para él y para toda su congregación, una vida anonadada pero enraizada en Dios⁶; un camino que Adrien Pepin califica de ascensión espiritual en Manuel d'Alzon⁷. Efectivamente, en este contexto de anonadamiento dirá con San Pablo: “*Para mí, vivir es Cristo (y morir una ventaja)*”⁸ y

³ Carta al señor Germer-Durand del 1 de julio de 1857 (*Lettres*, t. II, p. 273).

⁴ Leer Jean-Paul PÉRIER-MUZET, *El P. d'Alzon por sí mismo, Antología alzoniana*. t. I, Roma, 2003, p. 119. Leer también Adrien PEPIN, p. 237.

⁵ Él, para quien el estudio era capital, que disfrutaba sobre todo animando retiros y predicando, ¡helo aquí casi privado de capacidades intelectuales y sumergido en lo que él llama “*un estado de anonadamiento intelectual*”! Él, que si no estaba sentado a su escritorio para preparar sus sermones, estaba de pie, o por los caminos y en las iglesias por el Reino de Dios, ¡helo aquí postrado, a menudo en cama! Él, que era de origen aristocrático y de familia rica, ¡helo aquí vuelto casi un mendigo que pasa todos estos días al borde del camino sin saber si un buen Samaritano verá su mano! Muchas personas en un estado semejante no resistirían la depresión, incluso el suicidio. No es el caso de d'Alzon, incluso si a veces siente el desaliento.

⁶ Carta del 14 de septiembre del 1854 a la Madre María Eugenia (*Lettres*, t. I, p. 459).

⁷ Adrien PEPIN, p. 240.

⁸ Filipenses 1,21.

llamará a los suyos a hacer otro tanto⁹ por una parte, y por otra, a ver en la cruz, “*un confidente, un amigo de todos los días*”, como se puede leer en su carta del 21 de junio de 1857 (*Lettres*, t. II, p. 266) escrita en Lamalou para las Adoratrices del Santísimo Sacramento que acababan de nacer en Pentecostés de 1857¹⁰.

Ascensión espiritual para d’Alzon y también renacimiento para el Colegio11 y para la congregación. En efecto, si durante los años que precedieron a este largo vía crucis, d’Alzon era todo entusiasmo, empeñado en mil cosas hasta el punto de no tener tiempo para su congregación, con la enfermedad se va a ocupar ahora mucho más de su familia religiosa: *Lo que Nuestro Señor parece pedirme sobre todo, es que me retire de muchas cosas para no ocuparme más que de mi obra y deje caer todo cuanto no interese a esta pobre Obra*¹². Y durante estos momentos de anonadamiento y de ascensión, es cuando la espiritualidad de la congregación tomará forma y serán redactados las primeras Constituciones y *el Directorio*.

¿Quién no ha experimentado nunca momentos de debilidad y de anonadamiento? He ahí, pues, un modelo de santidad que nos indica el camino que hay que seguir cuando la noche se abate sobre nuestros proyectos y el mañana nos parece inseguro. Este camino consiste en el abandono total a Dios que no abandona nunca a quien pone su confianza en él (Eclesiástico 2, 1-11).

⁹ Carta del 29 de mayo de 1857 a François Picard, recién ordenado sacerdote (*Lettres*, t. II, p. 87), y carta del 19 de diciembre de 1859 a la Madre María Eugenia (*Lettres*, t. III, p. 184).

¹⁰ *Escritos Espirituales*, 1229-1231.

¹¹ Adrien PEPIN, p. 240.

¹² Carta del 3 de junio de 1855, en *Escritos Espirituales*, p. 819.

Textos bíblicos que permiten profundizar en el sentido de este momento

- El combate de Jacob en Génesis 32, 23-33 [notar cómo la oración es un combate, que requiere una ascesis y del que se sale a menudo “debilitado”, molido, aunque también bendecido].
- Eclesiástico 2, 1-11.
- La imagen de la Vid en Juan 15, 1-17.
- Juan 18, 28-19, 30, citado en la carta a la Madre María Eugenia del 30 de octubre de 1856 en que d’Alzon acepta en la fe el final del Colegio de Nimes.
- 1ª Corintios 2.
- Gálatas 6, 11-14, citado en la carta a la Madre María Eugenia del 14 de septiembre de 1854.

Textos de Manuel d’Alzon que ilustran este momento

Textos sobre su conversión espiritual

Carta a la Madre María Eugenia (14 de septiembre de 1854, *Lettres*, t. I, p. 459)

(...) No le contaré el resto de mi viaje. Llegado a Nimes, me encuentro con que sólo podemos contar con 125 alumnos. El Hermano Hippolyte me ha preparado un presupuesto, en el que consigue un ahorro de 23.000 francos en gastos de profesorado. Con todo, tendremos un déficit de 20.000 francos. Le digo esto de entrada, pero no estoy inquieto. Dios me ha dado hoy la gracia de comprender la diferencia entre los que pueden decir: “Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi” [“Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo”] (Gálatas 6,14) y los que no lo pueden decir, y sobre todo mediante qué grados hay que pasar para poder pronunciarlas perfectamente. No creo que haya llegado al punto más alto de esta disposición, pero lo quiero, eso creo, muy sinceramente. La noche de la fe me parece como un abismo en el que hay que precipitarse agarrados a la cruz, y aceptando todo cuanto la cruz enseña y significa. He ahí mi estado y como, en el fondo, necesi-

to encontrar paz y más amor a Nuestro Señor, me entrego a ello en la medida de que soy capaz...

Carta a la Madre María Eugenia (15 de enero de 1856, *Lettres*, t. II, p. 8)

(...) Adiós, hija mía. Déjeme confesarle que mi enfermedad me hace un bien muy grande, y aunque rezo a Dios para que me libre de ella, le doy gracias por hacerme comprender tan bien por este medio que no hay que apoyarse más que en su fuerza en toda cosa humana y sobrenatural.

Carta a la Madre María Eugenia (12 de junio de 1856, *Lettres*, t. II, p. 99)

(...) En resumen, la estancia en Lamalou me habrá resultado muy útil. No hablo sólo de la salud, que me parece toma una forma bastante buena, sino sobre todo para mi alma que se reposa, se apacigua y que, en las largas horas de soledad, siente la necesidad de volver siempre un poco más bajo la mano de Dios. Leo la Imitación y el Nuevo Testamento, y casi no leo más que eso. La Imitación siempre me había hecho mucho bien. En el Nuevo Testamento recupero un sabor que durante algún tiempo se había perdido para mí, y me alegro de ello. Cada vez amo algo más a Jesucristo y a su Iglesia. Leía este versículo de San Pablo: “Vosmetipsos tentate si estis in fide: ipsi vos probate. An non cognoscitis vosmetipsos, quia Christus Jesus in vobis est? Nisi forte reprobi estis” [“Examinaos vosotros mismos si estáis en la fe. Probaos a vosotros mismos. ¿No reconocéis que Jesucristo está en vosotros? ¡A no ser que os encontréis ya reprobados!”] (2ª Corintios 13, 5). Este reproche de la pérdida del sentimiento de la presencia de Jesucristo en nosotros es espantoso. Y sin embargo ¿qué transformación, si sintiéramos sin cesar a Jesucristo en nosotros? Tomo la resolución de dedicarme a sentir lo más posible esta acción divina y de recordársela a usted, mi querida hija, porque he ahí nuestro gran bien, ¡Jesucristo! ¡Ah, si nos compe- netráramos fuertemente de esta vida de fe! ¡Si estuviéramos profun-

damente deseosos de esta fusión de la vida de Jesucristo en la nuestra, y de la fusión de la nuestra en la de Jesucristo! Pero ¿podemos dejarnos llevar a tales pensamientos, sin sentirnos profundamente humillados por la pequeñez de nuestros movimientos interiores, animados por todas partes por causas miserables? Pido a Dios que me compenetre de la grandeza de cualquier acción realizada bajo la impresión de Jesucristo que habita en mí y que es para mi alma lo que mi alma es para mi cuerpo. Adiós, hija mía. Rece por mí y crea que los pensamientos de los que acabo de decirle algo, me acercan siempre más a usted en el amor de Jesucristo.

Textos sobre el cierre del Colegio de Nimes

Carta a la Madre María Eugenia (29 de octubre de 1856, *Lettres*, t. II, p. 144)

(Muy confidencial)

Pues bien, mi querida hija, el sacrificio está consumado, la casa de Nimes no subsistirá. El señor Berthomieu, que vino aquí, ha estado de acuerdo conmigo. No superaremos las dificultades este año. Hay que ver en estas imposibilidades la mano de Dios y bendecirla. No puedo expresarle el bien que me hace su buena amistad en estos momentos que me parecen un tanto dolorosos. Sin embargo, no se engañe, ya no sufro, excepto que toda la noche mi cabeza y mis dientes me han atormentado y que me asaltan bocanadas de antiguas tentaciones de incredulidad. En el fondo, dejo a Dios actuar lo mejor que puedo y me parece que nunca he estado menos mal dispuesto para comparecer ante él. Me he levantado un poco más tarde, por causa de mis dolores, y la dejo para ir a celebrar misa.

Carta a la Madre María Eugenia (30 de octubre de 1856, *Lettres*, t. II, p. 145)

La carta que acabo de recibir de usted, por medio de la señora Durand, creo, me alegra enormemente. ¡Qué palabra! Mi decisión está tomada, no retrocederé, a menos de uno de esos golpes de (la) Pro-

videncia, como los que no hay que esperar. Podría dejar aquí al P. Brun y al P. Mauviel en el patronato. En fin, veremos, y el que viva verá. El día en que tomé mi gran resolución, me cayó entre las manos una estampa de Dusseldorf, que recibí probablemente de usted, y que representa al “Ecce homo” en pie, con las palabras de San Juan “Ecce rex vester”, a quien han desfigurado. Pero poco importa. Me parece que eso es precisamente lo que necesito: la imitación de la debilidad, de la humillación y del sufrimiento de un rey semejante. ¡Lo que más me duele es no poderle conservar este sagrario! Usted me guardará nuestra estatua de la Virgen (...)

Carta al señor Eugenio Germer-Durand (1° de julio de 1857, *Letras*, t. 2, p. 273)

*Mi querido amigo, heme aquí llegado al término del combate y no soy el vencedor. Contaba con un último apoyo, y al llegar me encuentro con una carta que me quita toda esperanza. Sin duda Dios lo quiere, porque creo que puedo darme el testimonio de haber luchado hasta el último momento (...)*¹³.

¹³ No podemos dejar de citar el testimonio impresionante de su obispo sobre el duro golpe que el cierre del Colegio iba a suponer para la Iglesia de Nîmes:

“El abate de Cabrières ya había cumplido con su triste misión, mi querido Vicario General, cuando me llegó su carta; no me ha aportado ninguna novedad y sin embargo me ha dado un penoso golpe, reflejo de vuestro propio dolor. La caída de la Asunción me abrumba doblemente, porque era vuestra obra y porque era una institución preciosa para mi diócesis. Nobles motivos se la habían hecho emprender, usted la había fundado entre tantas tormentas desafiadas y de tantas dificultades y hostilidades vencidas, usted había hecho para desarrollarla y asentarla tantos sacrificios generosos, se había usted creado para ella una vida tan laboriosa, tan amarga, usted que podía llevar una existencia tan bella y tan fácil, yo no puedo sin una cruel desolación ver caer lo que le ha costado tantos esfuerzos y tanta entrega. Y lo que colma mi pena es que mi diócesis entera va a perder un establecimiento que rendía inmensos servicios. Tantos jóvenes de alta cuna y fortuna recibían en ella una educación seriamente cristiana que era para nuestro porvenir como un hogar de esperanza.

“Pero en fin, ya que la Providencia le condena a contentarse con el bien realizado hasta este día, mediante esta fundación y los esfuerzos que le han acompañado, puede usted, mi querido abate, resignarse mediante el sentimiento de haber cumplido una gran tarea. Usted ha consumido al servicio de la juventud y para la causa de la Iglesia una magnífica salud y una hermosa fortuna; es una gloria admirable; y si los hombres de la prudencia están tentados de tirarle la primera piedra, los hombres de la generosidad le compensarán [...]

Bibliografía Breve

- Adrien PEPIN, *Le Père d'Alzon (1810-1880) L'âme d'un grand apôtre*, Bonne Presse, Roma, 1950.
- Georges TAVARD, *Le Père d'Alzon et la croix de Jésus, les lettres aux Adoratrices*, Rome, janvier 1992.
- André FAVARD, *Le Père d'Alzon à Lamalou*”, À travers la Province, 1987, n° 52, p. 8-9.
- Idem, “*Emmanuel d'Alzon à Lamalou*” (evocación sonora), junio de 1991.
- *Lettres du P. Emmanuel d'Alzon, Les années d'épreuves: 1851-1858*, tomos I y II, Roma, 1978.
- Richard LAMOUREUX, *The spirituality of Emmanuel d'Alzon: Years of crisis 1854-1858*, Assumption College, October 1997.
- Jean Paul PERIER-MUZET, *El P. d'Alzon por sí mismo, Antología Alzoniana*, tomo I, Roma, 2003.

Emmanuel Kahindo Kihugho, a.a.

con su estima y su gratitud. Yo me cuento entre éstos últimos. Mi agradecimiento no durará menos que el de mi diócesis que deberá ser imperecedero.

“Mientras no se vea obligado por las necesidades de su Congregación de renunciar a Nimes, usted seguirá siendo mi Vicario General; me atengo a romper lo más tarde posible los lazos que me han resultado tan dulces. Pero cuando la hora de la separación llegue, usted me lo hará saber. Mi decisión está tomada; Monseñor Cart ha dejado en mis manos un testamento que debo respetar religiosamente, y usted no ignora que el hombre que me designa le toca a usted de muy cerca y le es infinitamente querido.

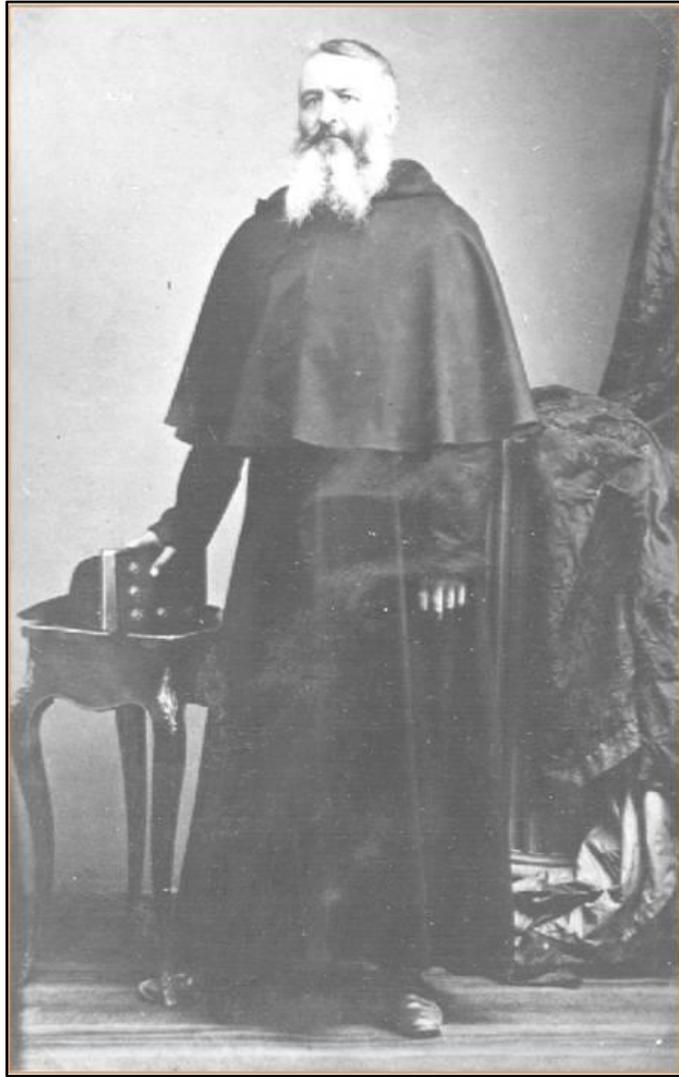
“Le agradezco el anillo que usted ha tenido la bondad de hacerme llegar; me será precioso por dos razones: porque monseñor de Chaffoy lo ha llevado y porque usted me lo ha regalado. Le agradeceré más tarde el otro objeto del que me ha hablado el abate de Cabrières; hoy me es imposible hablaros de él a causa del acontecimiento doloroso que va a llevarme a su posesión. (...)

“Gracias mil veces, mi querido abate, por todo lo que ha hecho y por todo lo que ha deseado hacer por el obispo de Nimes. Incapaz de detener en la pendiente de su ruina una casa que amaba, al menos guardará de su fundador la más dulce de las memorias, y usted tendrá en mi corazón aquel lugar privilegiado al que le dan derecho las relaciones tan agradables que nos han unido y el bien que la Iglesia de Nimes os ha visto durante tantos años constituirlos en el provocador o el instrumento.

“Acepte, querido Vicario General, esta expresión de mi más profundo afecto.

HENRI, obispo de Nimes”.

(Carta de monseñor Henri Plantier a Manuel d'Alzon del 5 de julio de 1857, nota 1)



El P. d'Alzon a su regreso de Oriente, en 1863.

Concedor de la tradición del clero oriental de llevar barba, el P. d'Alzon no se privó de dar buena impresión dejándose crecer la barba a su antojo, y la conservó después de su regreso de Constantinopla. “*Mi barba me obliga a ir a verle. Esta querida barba se ha vuelto magnífica*” (carta al P. Galabert, 16 de marzo de 1864, *Lettres*, t. V, p. 29), prueba de que el P. d'Alzon sigue llevando su bella barba en 1864 en previsión a un segundo viaje al Oriente.

Quinto Momento

MISIÓN DE ORIENTE

3 de junio de 1862

El acontecimiento

- El 3 de junio del 1862, la bendición del Papa Pío IX.

“Bendigo sus obras de Oriente y de Occidente”. La bendición del Papa Pío IX ha sido presentada a menudo como totalmente inesperada y profética. En realidad, el P. d’Alzon había ya oído hablar de Constantinopla y de Rusia mediante los Padres Resurreccionistas desde 1846¹ y, desde hacía más de un año, él mismo pensaba comprometer su congregación en Jerusalén. No impide que la bendición del Papa Pío IX, el 3 de junio del 1862, será siempre considerada en la Asunción como un momento decisivo para el P. d’Alzon y para la congregación entera. El celo apostólico del P. d’Alzon y su espíritu de iniciativa no son puestos en duda por nadie. Ya se ha empleado en numerosas obras cuando se va a lanzar, a petición de Pío IX, a un campo de apostolado nuevo e inesperado que será determinante para la índole misionera de la Asunción, fundada 17 años antes, y que le llevará a fundar una nueva congregación: las Oblatas de la Asunción, religiosas misioneras.

¹ Congregación fundada por algunos jóvenes polacos refugiados en París quienes bajo la dirección de Pedro Semenko llegaron en 1842 a Roma para realizar sus estudios de teología y que obtuvieron del gobierno francés la iglesia de Saint Claude de los Borgoñones que se tornó el centro de su Congregación, donde se alojaron por otra parte varios estudiantes Asuncionistas (hoy iglesia de los Padres del Santísimo Sacramento).

Preparación lejana

Con ocasión de un viaje a París en 1843, el P. d'Alzon había trabado conocimiento con los religiosos Resurreccionistas por mediación de la Madre María Eugenia de Jesús que ya los conocía de antes. Admira el deseo de estos religiosos de extinguir el cisma oriental. Escribe a ésta el 2 de noviembre de 1846 (*Lettres*, t. C, p. 149): “*Este magnífico proyecto me parece que brinda el más hermoso porvenir a estos señores que se proponen hacer de Constantinopla uno de sus hogares, y que se entregarán además, cuando el Papa lo quiera, a trabajar en Rusia*”. Las relaciones amistosas y el mismo espíritu romano dieron pie por ambas partes a un deseo de conocerse mejor y quizá de unirse algún día.

En las Constituciones de 1855, el P. d'Alzon toma en consideración para su congregación “*las misiones extranjeras y los trabajos para la destrucción del cisma y la herejía*”. Un primer envío de misioneros a Australia, habiendo terminado en fracaso, nos hace comprender que quiera asegurarse de que se trata de un auténtico deseo del Papa, antes de aceptar una misión entre los búlgaros unidos a Roma.

En 1860, los cristianos maronitas del Líbano (provincia otomana de Siria por entonces) habían tenido que sufrir varias masacres de parte de los drusos y de los musulmanes, sin que los turcos interviniesen; fue Francia, protectora tradicional de los católicos en Oriente, quien envió tropas a Siria para restablecer la calma. Los obispos de Francia, respondiendo a la llamada de la Obra de las Escuelas de Oriente, piden a los católicos de Francia que acojan a los huérfanos. El P. d'Alzon, participando en este esfuerzo de generosidad, se propone acoger a su costo a ocho jóvenes que mostraban algunas veleidades de vocación sacerdotal, con el fin de formarlos durante una decena de años y así constituir un núcleo de seminario en su propio país. He ahí cómo germinó en él la idea de formar un seminario maronita en Jerusalén. Según su antiguo alumno Pierre Baragnon, de servicio en Es-

tambul, sería incluso posible comprar el Cenáculo para este fin². El Prefecto de la Propaganda en Roma fue informado de estos proyectos, y el Patriarca de Jerusalén es muy favorable a ellos, lo mismo que monseñor Lavignerie, por entonces director de la Obra de las Escuelas de Oriente³.

Aquí se pone de manifiesto no sólo la generosidad del P. d'Alzon que paga por sí mismo durante seis años la pensión de esos jóvenes sirios, sino también su deseo de no emprender nada sin el acuerdo de Roma. También queda claro en él el respeto por los ritos orientales; en efecto, si bien estima que estos jóvenes en su casa deben seguir el rito latino, opina que no deben olvidar su propio rito y sería mejor formarlos en su propio país. En fin, su preocupación por suscitar y sostener vocaciones religiosas confirma lo que dirá al final de su vida: feliz por haber podido dar a Dios tantas almas consagradas.

Descripción del momento

Cuando el P. d'Alzon va a Roma con la peregrinación de Nimes, del 19 de mayo al 15 de junio del 1862, ya tiene en el pensamiento un proyecto de misión en Oriente, del que cuenta conversar de viva voz con el cardenal Barnabo, Prefecto de la Propaganda. Tras la muerte de su hermana Agustina, y luego de su madre en 1860, quedaba como único heredero de la fortuna materna con su hermana María de Puységur. Ahora bien, a finales de

² El P. d'Alzon se proponía asimismo establecer a las Religiosas de la Asunción en Jerusalén. A la Madre María Eugenia de Jesús que le consultaba sobre posible fundación en Beirut, responde el 17 de septiembre de 1861: *"No hable demasiado del asentamiento en Siria. Creo que en este momento se podría recuperar la tumba de la Santísima Virgen. El Cenáculo y la tumba de la Santísima Virgen son, desde algún tiempo, mis dos grandes preocupaciones"*. (*Lettres*, t. III, p. 510-511). No se trata de la tumba de la Virgen en el valle del Cedrón, sino de lugares cercanos al Cenáculo, adquiridos más tarde por los Benedictinos alemanes, que construirán allí la capilla de la Dormición de María en el Monte Sión.

³ La obra siria se proseguirá en Nimes hasta 1866, fecha en que se hace evidente, en expresión del Comité de las Escuelas de Oriente, que la emigración de los niños sirios a Francia constituía una inmensa "explotación", las veleidades de vocaciones sacerdotales no eran sino un pretexto para recibir a bajo coste una educación europea.

1861, una partición amistosa se hizo entre su hermana María y él; se encontraba, pues, a la cabeza de una gran fortuna, constituida sobre todo por bienes inmuebles (casa de la Condamine en El Vigán y varias granjas y tierras) que debería vender poco a poco. En Roma se sabía que disponía de una suma de 400.000 francos destinada a recuperar algunos santuarios palestinos y a fundar un seminario maronita.

En el barco, de Marsella a Civitavecchia, el P. d'Alzon habló de sus proyectos con el P. Jerónimo Kajziewicz, que participaba en la peregrinación; ahora bien el P. Jerónimo era entonces el Superior General de los Resurreccionistas polacos, con quienes estaba en tratos para fusionarse. Este último deseaba tener una misión entre los eslavos búlgaros, pero sabía que el Papa no deseaba confiar esta misión a polacos, con el fin de evitar conflictos con los rusos...

El martes 27 de junio, por la mañana, mientras su obispo monseñor Plantier era recibido por el Papa, el P. d'Alzon se entrevistó con varios preladados que le desviaron de su proyecto de comprar el Cenáculo y establecer allí un seminario maronita en Jerusalén. Todos, informados e influenciados por el P. Jerónimo que esperaba poner el pie en Estambul gracias al P. d'Alzon, le dijeron que el Papa prefería verle orientarse hacia los Balcanes... En una nota del P. d'Alzon, redactada en junio de 1862 (*Escritos Espirituales*, p. 1449-1451) podemos leer: “*Al llegar a Roma, monseñor Howard me empujó a ocuparme de los búlgaros; monseñor Lavigerie y monseñor Talbot me empujaron a ello igualmente; respondí que ya había comenzado una obra a favor de los sirios con el consentimiento del cardenal Barnabo y que no podía cambiar sin una manifestación de la voluntad del Santo Padre o de la Propaganda, so pena de pasar por un hombre ligero*”.

El martes 3 de junio de 1862⁴, en el transcurso de la audiencia pública concedida a los peregrinos de Nimes, dirigiéndose al P. d'Alzon, Pío IX,

⁴ En la *Vie du P. Emmanuel d'Alzon*, tomo II, p. 335, el P. Siméon Vailhé situaba esta audiencia el jueves 5 de junio.

declaró: “*Bendigo sus obras de Oriente y de Occidente*”. Fórmula que se hizo célebre en la Asunción, considerada en adelante en el imaginario asuncionista como una profecía, ya que la Asunción no tenía ninguna obra en Oriente. Pero para el P. d’Alzon, esta fórmula no indicaba necesariamente una clara voluntad del Papa y no era una absoluta sorpresa, ya que si no tenía obras en Oriente, sí tenía proyectos para Oriente en Jerusalén. El martes 3 de junio por la tarde, monseñor Simeoni, secretario del cardenal Barnabo, Prefecto de la Propaganda, visita a Pío IX para presentarle las reticencias de su superior, pero el Papa repite: “*Y si digo que yo lo quiero...*”. El P. d’Alzon es informado de que el Papa quería verlo y que debía presentarse el viernes siguiente por la mañana.

El viernes 6 de junio por la mañana, en el transcurso de la audiencia privada concedida por Pío IX, el Papa confirma su voluntad. Continuemos la lectura de la nota del P. d’Alzon: “*El viernes 6 de junio me presenté en el Vaticano a las 9,15; no esperé más que cinco minutos. El Papa me recibió en su biblioteca particular. Habló él primero, me dijo que estaba al corriente de todo, que lo aprobaba todo, que un colegio para preparar a los búlgaros a volver a la fe católica le parecía una obra muy necesaria, que la dificultad residía en regenerar el país mediante los sacerdotes dado que los sacerdotes estaban más corrompidos que las poblaciones. Le hablé de los polacos que podrían ayudarnos; aprobó la idea con la condición de que la Propaganda diera el consentimiento a la persona que yo elegiría; me dijo que los polacos eran buena gente, pero que algunas veces habían cometido imprudencias. [...] Al salir de donde el Papa, me fui donde Simeoni, que estaba en conferencia con Barnabo; se mostró encantado con el cariz que tomaban las cosas y me animó a seguir la vía indicada por Pío IX. Le rogué que fuera a pedir para mí una audiencia con Barnabo, que me citó para esa misma tarde. Fui puntual. Presenté mis excusas a Barnabo el cual se mostró perfecto. [Barnabo había aprobado el proyecto de Jerusalén y era reticente al proyecto de los Balcanes]. He de declarar que me edificó profundamente por la rotundidad con que me dijo que había que seguir siempre la dirección del Papa, que tenía la asistente constante del Espíritu Santo, mientras que él no la tenía. Me propuso enviar dos personas a Constan-*

tinopla y a Bulgaria, para estudiar el estado de las cosas; me ofreció cartas... (Nota que quedó incompleta).

¿Se puede decir que el P. d'Alzon fue engañado y que se aprovecharon de él? Por supuesto, y él no se hacía ilusiones. Quería seguir su proyecto de contribuir a la fundación de un seminario maronita en Jerusalén, y si debe abandonarlo a favor de una misión entre los búlgaros, quiere que esto sea claramente expresado como voluntad del Papa, para no dar la impresión de inconstante en sus proyectos. Se dice a menudo que Dios escribe recto con renglones torcidos y que la “voluntad de Dios” pasa también por intrigas muy humanas...

Desde los tiempos de estudiante en Roma, el P. d'Alzon no se forjaba ilusiones sobre los ambientes romanos; pero él tiene ante todo una mirada de fe, y para él la palabra del Papa es expresión de la voluntad de Dios. Recordará él mismo varias veces esta bendición del Papa Pío IX para dejar bien claro de quién recibió la misión que le hizo volverse hacia el mundo eslavo.

La puesta en marcha de la Misión de Oriente

Ahora que una nueva misión le ha sido confiada, el P. d'Alzon se va a entregar a ella de todo corazón, y esto hasta el fin de su vida. Consagró a ello mucho tiempo y energía, atento a mantenerse informado de la evolución de la situación religiosa y geopolítica, planeando nuevas iniciativas para adaptarse a las circunstancias y a las oportunidades; incluso concibiendo sueños que no verán la luz hasta después de su muerte: es el caso de la entrada de sus religiosos en Rusia.

Como había sido convenido, el P. Jerónimo Kajziewicz llegó a Constantinopla ya en el verano de 1862; pero los Resurreccionistas se reservaron la misión entre los búlgaros unidos y propusieron a los Asuncionistas que se ocupasen de los griegos y de los rumanos.

El 20 de diciembre de 1862 el P. Galabert recibe mandato del P. d'Alzon de adelantarse a Constantinopla pasando por Roma.

El mismo P. d'Alzon, invitado por monseñor Brunoni, Vicario Apostólico patriarcal de Constantinopla, a predicar la cuaresma, se embarca en Marsella el 14 de febrero de 1863 rumbo a Constantinopla. Pasará allí del 22 de febrero al 5 de abril. Establece numerosos contactos, pero pronto se da cuenta de las rivalidades y de las propuestas interesadas... Pese a todo se atiene a las directrices emanadas de Roma, de actuar de común acuerdo con monseñor Brunoni y monseñor Hassoun. Contempla el establecimiento del seminario que le ha sido pedido, si no en Constantinopla al menos en Kadiköy, en la antigua Calcedonia, a donde ha ido para negociar la compra de un terreno que, después de su partida, se lo encargará al Vicario General de monseñor Brunoni. Contempla igualmente la idea de la presencia de religiosas y piensa naturalmente en la Madre María Eugenia de Jesús, a quien escribe que podría tener allí una escuela, formar maestras y promover el culto al Santísimo Sacramento. Redacta un largo informe para la Congregación de la Propaganda, en el que se hace eco de los deseos de monseñor Brunoni, que no iban en la dirección deseada por Roma, deseosa de promover las Iglesias unidas. El informe del P. d'Alzon fue juzgado severamente, lo que le apenó mucho. A pesar de no haberlo pedido, se mostró sin embargo dispuesto a proseguir la misión que le había sido confiada.

Por el momento será mantenida, pero en Filipópolis (Plovdiv). El P. Galabert, que ha sabido ganarse la confianza de los búlgaros-unidos a Roma, ha encontrado al mismo tiempo en monseñor Canova, Delegado Apostólico de Bulgaria, la ocasión de establecerse en Filipópolis, comenzando por abrir una escuela primaria. En octubre de 1863, para que todo quede claro en la Propaganda, el P. d'Alzon informa al cardenal Barnabo de la partida de sus religiosos para fundar en Filipópolis una escuela, al mismo tiempo que guardan la preocupación de abrir un seminario, añadiendo que se va a esforzar por liberar a monseñor Brunoni de sus problemas de dinero. En efecto, el seminario no ha podido ser implantado en Constantinopla por causa de la falta de delicadeza del Vicario General de monseñor Brunoni en el negocio que le había sido confiado. El P. d'Alzon tranquili-

zará también a Roma respecto del financiamiento del seminario búlgaro, aunque fuera a los Resurreccionistas a quienes se confiara la realización de tal proyecto, lo que una vez más manifiesta su generosidad y su desinterés.

La fundación de las Oblatas de la Asunción

A partir del 23 de febrero de 1863, desde Constantinopla, el P. d'Alzon había comunicado a la Madre María Eugenia de Jesús su propuesta de ver a sus religiosas colaborar con él en Oriente. Ella le respondió el 8 de marzo de 1863 que aceptaba en teoría, pero que en la práctica habría que hablar de ello a su regreso. Por desgracia, su Consejo se muestra reticente y el asunto es remitido al Capítulo de 1864.

El P. d'Alzon propone entonces a la Madre María Eugenia de Jesús en una carta del 1º de noviembre de 1864, una obra de Oblatas terciarias, apoyándose en la categoría de personas mencionadas en sus estatutos con el título de Oblatas de la Asunción, al lado de las religiosas de coro y de las religiosas legas. Este proyecto no se realizó, porque la fundadora que estaba prevista se orientó hacia la vida religiosa. En su carta a la Madre María Eugenia de Jesús del 6 de marzo de 1865, el P. d'Alzon escribe: *“Paulina saldrá hacia París. Es para mí una decepción más que se añade a otras, que desarraigan de la tierra y empujan hacia el cielo (...) He pasado algunos días en El Vigán y me ha sorprendido la mina de vocaciones para las Oblatas y para las Hermanas legas que se podrían encontrar si se quisiera”* (Lettres, t. V, p. 261).

Reaccionando al fracaso y ante la abnegación que encuentra en las montañas de los Cevenas, donde el P. Hippolyte Saugrain ha hecho un buen trabajo, el P. d'Alzon se orienta hacia una pequeña congregación independiente, que se apoyaría en Francia en las Religiosas y en Oriente en los Religiosos, *“para seguir el principio de San Vicente de Paúl”*, escribe (Lettres, t. V, p. 332 a Madre María Eugenia de Jesús). Para ayudarle a formar a esas personas a la vida religiosa, y a pedido del P. d'Alzon, la Madre

María Eugenia de Jesús le enviará una de sus mejores religiosas, la Madre María Magdalena.

El 24 de mayo ha sido establecido como fecha de la fundación de las Oblatas de la Asunción, en El Vigán, en una casa alquilada para 9 años en el barrio de Rochebelle, a la que llamarán *Nuestra Señora de Bulgaria*. Pero las primeras Oblatas no profesarán sino después que lo haga aquella a quien el P. d'Alzon ha elegido para ser su Madre y a la que prepara por su cuenta en Nimes. María Correnson profesará el 18 de abril de 1868, seguida el 19 de abril por las cinco primeras Oblatas que iban a partir para Oriente. Otras profesiones seguirán el 6 y el 19 de septiembre. La congregación contaba entonces con dieciséis profesas, incluida la fundadora, y con un número mayor de novicias.

Fundador de una segunda congregación, el P. d'Alzon le dedicará una buena parte de su tiempo, estimulando el celo apostólico de estas religiosas destinadas a las misiones lejanas. Su presencia en Roma con ocasión del Concilio Vaticano I será para él la oportunidad de medir el empuje misionero de la Iglesia Católica y de abrir un horizonte misionero a todo el mundo eslavo, alimentando el sueño que será como la obsesión de sus diez últimos años: ¡traer de nuevo la inmensa Rusia al seno de Roma! El 17 de noviembre de 1869 (desde Roma durante el Concilio Vaticano I) escribe a la Madre Correnson: *Detrás de los Búlgaros, tiene la inmensa aglomeración de los Eslavos cismáticos, de los que los Búlgaros sólo son una rama; tiene usted al menos a sesenta millones para convertir. ¡Nada más! [...] ¿Sabe cuál es uno de los aspectos actuales de Roma que más me impresionan? Encontrar obispos de todos los países. [...] Y en todos esos países hay inmensas conquistas que hacer y casi todos son países de Misión donde las Oblatas pueden trabajar* (Lettres, t. VIII, p. 15).

La obsesión de Rusia

En su Instrucción de clausura del Capítulo General de 1873 (*Escritos Espirituales*, p. 185-186), el P. d'Alzon declara:

Todavía no he hablado de las misiones extranjeras. Si Australia queda momentáneamente dejada de lado porque ciertos compromisos no han sido cumplidos, un bien muy real se está haciendo en Bulgaria; una asociación de patronos y aprendices, una escuela de doscientos muchachos subsisten con éxito duradero. Nuestras Oblatas nos han secundado eficazmente mediante un hospital, un dispensario, un pensionado, escuelas. Todo eso está en pañales, pero ¡qué preciosa avanzadilla contra el cisma griego y ruso! Se puede acusar a nuestra ambición de temeridad; ¿qué somos nosotros frente el gigante que atacamos?

La Iglesia tiene hoy tres grandes enemigos: la Revolución, Prusia y Rusia, y Rusia no es el menos temible. Sin embargo ¡qué campo inmenso se abre a nuestros trabajos por estos lados! Como Jesús a sus discípulos, me arriesgo a decirlos: Messis multa [la mies es abundante]. Los discípulos, convertidos en apóstoles, realizaron la conquista del mundo. Mirad, hermanos míos, si queréis conquistar Rusia y llevar esa abundante cosecha a los graneros del Padre de familia. Tiemblo al hablaros de este modo, y sin embargo, algo me grita que si la Asunción lo quiere, con la ayuda de Dios, la cosecha le pertenecerá.

La misión en Bulgaria no le parece más que como la puerta de entrada a Rusia y no cesará de empujar al P. Galabert en este sentido. El 19 de julio de 1875 le habla de una misión en Odessa:

¿Sabe usted cuál sería el primer establecimiento que quisiera ver formarse? Una casa en Odessa. Es fuerte, pero es mi idea. Crea que ahí hay algo que hacer. Rusia debe ser nuestro objetivo, créalo, y las dificultades no debieran ser un impedimento. (Lettres, t. XI, p. 168).

El 29 de agosto de 1876 afirma al P. Galabert:

Tarde o temprano Rusia nos abrirá sus puertas, aunque tengamos que engrasar cerraduras y goznes con nuestra sangre. (Lettres, t. XI, p. 372).

El P. d'Alzon pedirá incluso un signo del cielo que le confirme su misión en Rusia: el signo será la curación de una Oblata. El 3 de septiembre de 1877 escribe al P. Picard:

Le confieso que si me quedé en Lourdes veinticuatro horas después de la peregrinación que usted dirigía, es porque quería pedirle a la Santísima Virgen un signo de que aprueba nuestros esfuerzos por trabajar en la conversión de los cismáticos orientales. La curación de mi Oblata, consagrada especialmente a esta obra, ¿no sería el signo concedido? (Lettres, t. XII, p. 174).

En una nota del 30 de marzo de 1878 dirigida a la Propaganda (*Escritos Espirituales*, p. 1455-1459), el P. d'Alzon recuerda el acontecimiento de 1862 y lo que ha hecho desde entonces en Oriente, luego presenta sus proyectos para Rusia:

Paso a otro orden de consideraciones. Desde que Pío IX me propusiera la misión de Bulgaria, mis miras se han extendido mucho más lejos: Rusia se ha tornado mi gran preocupación. Hacia el mes de mayo de 1877, hace menos de un año, habiendo sido recibido en audiencia por el Santo Padre, me permití pedirle su bendición y su estímulo para preparar un seminario destinado a formar misioneros para Rusia. Pío IX me animó mucho, me dio sus bendiciones, y me retiré, preocupado por este pensamiento. Después, una señora rusa católica me ha ofrecido establecerme en sus dominios, en el Cáucaso, con algunos jóvenes...

[Esta dama rusa, convertida al catolicismo, se llama Madame Frice-ro, hija natural del Zar: ver *AA-Noticias*, nº 5, septiembre 2006, Encarte de 12 páginas]. El P. d'Alzon le preguntó sobre la situación política y religiosa de Rusia, sobre la posibilidad de acceso, etc. Le dio a conocer su "Memoria sobre un intento de evangelización en Rusia" y bosquejó incluso un plan para establecerse en el Cáucaso, fundándose en algunos pasajes de sus cartas. Las cartas del P. d'Alzon a la señora Frice-ro no las conocemos pero po-

seemos las que esta última le dirigió entre el 15 de agosto de 1877 y el 30 de enero de 1879.

Hasta el final el P. d'Alzon se interesó por la evolución de Rusia. El mismo año de su muerte, en los tres primeros números de la revista *La Croix*, publicará tres artículos sobre Rusia.

Conclusión

El acontecimiento del 3 de junio de 1862 pone de manifiesto el amor del P. d'Alzon a la Iglesia y su perfecta sumisión a una voluntad superior. Este amor a la Iglesia le había llevado ya a desear trabajar por la conversión de los protestantes, cuando siendo joven sacerdote se puso al servicio de la diócesis de Nimes. Su obispo le obligó a templar su ardor, pero el deseo de trabajar por la unidad de la Iglesia seguirá siempre presente en su corazón y encontró una nueva ocasión cuando le fue confiada la Misión entre los búlgaros. Espíritu de amplios horizontes, deseará muy pronto ver abrirse una misión en Rusia.

El celo apostólico de la Asunción debe ser “osado, generoso y desinteresado”. El P. d'Alzon ha sido el primero en dar testimonio de este celo:

- Osa mandar a sus mejores religiosos a esta nueva misión, cuando sólo dispone de un puñado de ellos (el P. Galabert es doctor en medicina y en derecho canónico).
- Hay que subrayar en particular su generosidad, que está en los orígenes de toda esta aventura, en la que empleará una buena parte de su fortuna que acaba de heredar.
- En cuanto a su desinterés, se demostrará no sólo en el dominio financiero sino también en el abandono en manos de otros de algunos de sus proyectos apostólicos.

Textos bíblicos que permiten profundizar el sentido de este momento

- Deseo de Jesucristo de ver a sus discípulos formar un solo rebaño bajo un solo pastor: Juan 10, 1-16.
- Oración de Jesucristo por la unidad: Juan 17, 21.
- Separación de Abrahán y de Lot (que toma para sí la llanura fértil) Génesis, cap. 13.

Bibliografía breve

- E. D'ALZON, *Escritos Espirituales*, p. 1448-1460.
- Siméon VAILHÉ: *Vie du P. Emmanuel d'Alzon*, t. II, cap. XIV (¿Jerusalén o Bulgaria?), XV (Estambul y la cuestión de Oriente), XVI (Fundación de las Oblatas de la Asunción) y XXV (Misión de Oriente).
- Pierre TOUVENERAUD, *Religieux et Religieuses de l'Assomption au service de l'Orient chrétien*, en *Pages d'Archives*, II, p. 419-452 (marzo de 1965).
- Julian WALTER, *Les Assomptionnistes au Proche-Orient (1863-1980)*, Série centenaire 1980, n° 6, París 1982.
- Daniel OLIVIER, *Le Père d'Alzon et l'œcuménisme*, Série centenaire 1980, n° 7, París 1982.
- Etienne FOUILLOUX, *l'Œuvre orientale du P. d'Alzon vue par ses fils*, en *Emmanuel d'Alzon dans la société et dans l'Eglise du XIXe siècle*, Colloque d'histoire décembre de 1980, Le Centurion, París, 1982, p. 199-220.
- *La Mission d'Orient. L'autre poumon de l'Assomption*, Editions du Signe, 2007.
- *La Mission d'Orient et l'Assomption*, Cahiers du Bicentenaire d'Alzon, n° 6, Roma 2008. Este último cuaderno presenta una copiosa bibliografía (páginas 165-177 y 179-208).

Jean-Daniel Gullung, a.a.



***El P. d'Alzon fotografiado en medio de sus religiosos,
el 29 de septiembre de 1879***

Fotografiado en Nimes con los religiosos presentes en el retiro anual.
Es su última fotografía de grupo.

Sexto Momento

MANUEL D'ALZON DA "EL RELEVO"

El acontecimiento

- Los Capítulos Generales del 1868, 1873 y 1876.

Fechas significativas

- El 17 de septiembre del 1868: Instrucción de clausura del Capítulo General
- El 18 de septiembre del 1873: Instrucción de clausura del Capítulo General
- Los 11-18 de septiembre del 1876: creación de las Provincias por parte del Capítulo General

Descripción del momento

Los últimos años de la vida de Manuel d'Alzon serán tiempos de desposesión de sí, de kénosis, de escucha y de abandono. Desde el final de los años sesenta, su preocupación mayor será la de asegurar el crecimiento y el acompañamiento de sus discípulos para prepararlos a "tomar el testigo". En esta perspectiva expresa lo esencial de su pensamiento respecto del espíritu de la Asunción y define así el proyecto común de su congregación.

Tal es en particular el objeto de la Instrucción al Capítulo General de 1868. En este texto, el P. d'Alzon sintetiza el espíritu de la Asunción en el "triple amor", a "*Nuestro Señor Jesucristo*", "*la Santísima Virgen, su Ma-*

dre”, “*la Iglesia, su esposa*”. Completa así lo que constituye el tema dominante del *Directorio* (aprobado por el Capítulo de 1868), y pone en relación, de modo más coherente, el advenimiento del Reino (*Adveniat Regnum Tuum*) con el amor a Jesucristo y lo que Jesucristo más ha amado (*Propter amores Domini Nostri Jesu Christi*).

En los meses que precedieron a este Capítulo, y en los años que le siguen, el Fundador amplía el cuidado de la vida interior y se preocupa de la formación espiritual de sus discípulos (Ver Siméon Vailhé, *Vie du P. Emmanuel d’Alzon*, tomo II, p. 675).

Entrega el testigo a sus “hijos”. Les manifiesta su confianza y su afecto, les transmite la antorcha y les acompaña en sus empresas apostólicas. Incluso si el mismo P. d’Alzon experimenta la necesidad de tomar en mano el noviciado colocándolo bajo su guía, en Nimes, la división de la Congregación en tres Provincias, querida por él y adoptada por el Capítulo General de 1876, constituye un paso importante en este proceso de transmisión de la autoridad.

El P. d’Alzon vigila igualmente sobre la fundación de las Oblatas. Tras las primeras profesiones de las Hermanas, las primeras partidas hacia la Misión, la puesta de la Madre María Correnson a la cabeza de la joven congregación, les dirigirá lo que él llama su “*testamento espiritual*”.

Es asimismo un tiempo en que, alcanzado por la fragilidad, el fundador profundiza la dimensión interior d su proyecto. Es también un tiempo de apertura, de fecundidad: la que se manifiesta en sus discípulos y sus obras. El acento se coloca en una dimensión más popular de los compromisos apostólicos (prensa, alumnados, obras sociales, peregrinaciones, etc.). La Instrucción al Capítulo General de 1873 desarrolla en particular estas dimensiones.

En resumen, podemos decir que el P. d’Alzon, cada vez más habitado por la conciencia de su fin, asegura la solidez de su obra, formula los elementos esenciales de su “*patrimonio espiritual*” y prepara a sus religio-

sos para asegurar su desarrollo. Esta entrega del testigo es también un modo de testamento espiritual y apostólico. En su Instrucción al Capítulo General del 1868, habla explícitamente de testamento: “*Quiero, en el momento de separarnos, confiaros, si puedo expresarme así, el testamento de nuestros pensamientos comunes y de nuestros comunes sentimientos, recordándoos, una vez más, quizá la última, sobre qué base reposa la obra de la Asunción, y mediante qué medios queremos desarrollarla más que nunca*” (*Escritos Espirituales*, p. 130).

Este momento es pues el de un paso espiritual decisivo, de un “soltar presa”. El P. d’Alzon se entrega en una “pascua”, un don de vida, que recogerán sus discípulos. A la luz de lo que precede, nos está permitido pensar que cuando pronuncie sus “ultima verba: “*Sed buenos religiosos*” (*Escritos Espirituales*, p. 1463), el P. d’Alzon tendrá en mente y en el corazón el conjunto de este “patrimonio” espiritual que ha transmitido a sus discípulos a lo largo de los años anteriores y en particular este “*espíritu de la Asunción*” que espera verlos acoger y desarrollar.

Otros acontecimientos decisivos de este período

Varios acontecimientos importantes de este período van a retener la atención del P. d’Alzon e influir sensiblemente su lectura teológica de la historia (Ver los acontecimientos que siguieron a la toma de Roma en 410, que inspiran a Agustín la *Ciudad de Dios*):

- El Primer Concilio Vaticano (1869-1870),
- La derrota francesa en 1870 y la Comuna de París (1871),
- La toma de Roma y la pérdida de los Estados Pontificios (1871),
- Los combates por la libertad de la enseñanza (1870-1871).

Textos de Manuel d’Alzon que ilustran este momento

- Instrucción de clausura al Capítulo General de 1868 (*Escritos Espirituales*, p. 129)

- Instrucción de clausura al Capítulo General de 1873 (*Escritos Espirituales*, p. 173)
- Cartas al Maestro de Novicios, de 1868-1869 (*Escritos Espirituales*, p. 147)
- Numerosas cartas, en especial a los religiosos a quienes confiaba responsabilidades importantes: el P. Picard en París, el P. Galabert en la Misión de Oriente, etc.

Textos bíblicos que permiten profundizar el sentido del momento

- Juan 15, 8-16: “Ya no os llamo siervos, sino amigos”
- 2 Timoteo 4, 6-7: “He corrido hasta la meta”
- 1 Timoteo 6, 11-16: recomendaciones del Apóstol
- 2 Timoteo 2, 1-3: “toma parte en los duros trabajos por el anuncio del Evangelio...”
- 2 Reyes 2, 11-14: el manto de Elías.

Breve bibliografía

- Jean-Paul PÉRIER-MUZET, *El P. d'Alzon por sí mismo. Antología Alzoniana*, t. II, Roma, 2007, p. 207-210.
- *Une dernière décennie de combats*, en “Emmanuel d'Alzon fondateur”, Collection Vienne Ton Règne, Paris, 2007, p. 29-31.
- Jean-Paul PÉRIER-MUZET, *15 días con Manuel d'Alzon*, Madrid, 2008, p. 105-110.
- Athanase SAGE, *Un Maestro espiritual del siglo XIX, las etapas del pensamiento del P. d'Alzon*, Bogotá, 1998.
- Siméon VAILHÉ, *Vie du P. Emmanuel d'Alzon*, t. II, París, 1934, p. 674-697.

Extractos de textos

I. INSTRUCCIONES a los CAPÍTULOES GENERALES de 1868 y 1873

La Instrucción de clausura del Capítulo General de 1868 (*Escritos Espirituales*, p. 129)

El P. d'Alzon formula lo esencial de su pensamiento respecto del espíritu de la Asunción y define así el proyecto común de la Congregación.

(...) Quiero, en el momento de separarnos, confiaros, si puedo expresarme así, el testamento de nuestros pensamientos comunes, y de nuestros comunes sentimientos, recordándoos una vez más, quizá la última, sobre qué base reposa la obra de la Asunción y mediante qué medios deseamos más que nunca desarrollarla (...).

Nuestra vida espiritual, nuestra sustancia religiosa, nuestra razón de ser como Agustinos de la Asunción se encuentra en nuestra divisa: Adveniat Regnum Tuum. El advenimiento del reino de Dios en nuestras almas, mediante la práctica de las virtudes cristianas y de los consejos evangélicos, conforme a nuestra vocación; el advenimiento del reino de Dios en el mundo mediante la lucha contra Satanás y la conquista de las almas rescatadas por Nuestro Señor y sin embargo presas de las tinieblas del error y del pecado: ¡nada más sencillo! ¡Nada más vulgar, si puedo decir así, que esta forma de amor de Dios! Si, a este amor principal, añadís el amor a Nuestro Señor Jesucristo, el amor a la Santísima Virgen, su Madre y a la Iglesia, su esposa, conoceréis bajo su expresión más breve, el espíritu de la Asunción.

¿Pero qué hay ahí de especial, de característico? (...) Somos sencillamente católicos, pero católicos tanto como se puede serlo; somos católicos de un solo bloque (...)

La Instrucción de clausura del Capítulo General de 1873 (*Escritos Espirituales*, p. 174)

El P. d'Alzon traza un plan de acción para los compromisos apostólicos futuros y para la organización de la Congregación.

(...) ¡Qué inmensos horizontes se abren ante vosotros! Tratemos de indicar algunos bosquejos, como los primeros planos. Lo habremos resumido todo en una palabra, cuando hayamos dicho que nuestra meta es la restauración de las costumbres católicas mediante la fe en los principios cristianos.

Sigue un panorama de posibles Obras: peregrinaciones, culto eucarístico, orfelinatos y colonias agrícolas, obras sociales...

Pero esta acción que os aconsejo está basada en otro orden de ideas: en los principios de la fe (...) Estas ideas hay que esparcirlas; esta doctrina hay que hacerla accesible a todos; tanto que para llevarla a cabo, hay que aplicarle los medios convenientes.

El P. d'Alzon continúa su Instrucción mediante recomendaciones relativas al reclutamiento y a la formación de los religiosos, en particular a través de los alumnados, y termina con una puesta en guardia, como fruto de una triple exhortación.

(...) Por nuestra parte, tratemos de atraer, (...) que la confianza sea uno de nuestros grandes medios de hacer triunfar la causa de la verdad. No somos sus propietarios, sólo somos los servidores (...) El gran mal del tiempo actual, son las tinieblas, es la mentira; permanezcamos en la verdad, sirvamos a la verdad, rindámosle testimonio, propaguémosla, y nuestra tarea estará cumplida, y no habremos cedido a las ilusiones. Se dicen prudentes porque no se atreven; pero es más que nunca el momento de repetir el dicho de Bossuet: "La fe es audaz". Tengamos pues la audacia de la fe, poco importa que la llamen temeridad.

II. CARTAS

Sobre el porvenir de la Congregación y la organización de las obras

Carta al P. Picard, del 30 de marzo de 1867, desde Nimes (*Lettres*, t. VI, p. 231)

(...) Mi pensamiento se posa sin cesar sobre el porvenir de nuestra pequeña Sociedad, y le confieso que me pregunto qué pasa para que tengamos tantas contradicciones desde el comienzo. ¡Por desgracia! Bien sé que las contradicciones son inherentes a las obras de Dios, pero hay que distinguir entre contradicciones fecundas y contradicciones estériles. Ahora bien, lo que me asusta, es la profunda esterilidad de las nuestras. Procure, pues, querido amigo, rezar a Dios para que nos ilumine sobre esta cuestión tan importante. (...)

Carta a la Madre María Eugenia, del 19 de diciembre de 1868, desde Nimes (*Lettres*, t. VII, p. 197)

(...) Cuanto más avanzo más deseo impulsar antes de morir la obra de la Asunción (...)

Ver también las cartas al P. Galabert (11/03/67, *Lettres*, t. VI, p. 226); a la Madre María Eugenia (12/08/67, *Lettres*, t. VI, p. 316); al P. Galabert (09/08/68, *Lettres*, t. VII, p. 121); al P. Picard (14/08/68, *Lettres*, t. VII, p. 126), al P. Picard (18/08/68, *Lettres*, t. VII, p. 137).

La experiencia espiritual

Carta a la Madre María Eugenia, del 5 de abril de 1868, desde Nimes (*Lettres*, t. VII, p. 58)

Rezo por su retiro; rece también por mí. El Buen Dios me trabaja y si viene a finales de abril le hablaré de mí mucho más de lo que de mí ha oído desde hace mucho. Trato de averiguar si no debo ence-

rrarme en una vida de oración que las distracciones de las visitas me impiden practicar y hacia la que sin embargo me siento empujado.

Ver también las cartas al P. Picard (05/04/67, *Lettres*, t. VI, p. 234 y 01/06/68, *Lettres*, t. VII, p. 83).

El acompañamiento de sus “hijos”

Carta a los Hermanos de Filipópolis, el 30 de diciembre de 1868, desde Nimes (*Lettres*, t. VII, p. 62)

*Mis queridos y bien amados Hermanos,
(...) ¡Que Nuestro Señor os colme con sus dones y os inspire un gran deseo de vivir siempre en regularidad, caridad, obediencia y pobreza! Creed que no haréis el bien sino en la medida en que seáis verdaderos religiosos. Nuestro Señor necesita muchos obreros. Sed hombres apostólicos. (...) En fin, lo esencial es hacerse santos.*

Ver también las cartas al P. Vincent de Paul Bailly (24/08/67, *Lettres*, t. VI, p. 337 y 31/08/67, *Lettres*, t. VI, p. 349) y al P. Picard (24/06/68, *Lettres*, t. VII, p. 97).

... las expresiones de amistad y afecto

Carta al P. Galabert, del 10 de enero de 1868, desde Nimes (*Lettres*, t. VII, p. 62)

Adiós, querido amigo. Se te ama enormemente y se te desea que seas santo.

Carta al P. Vincent de Paul Bailly, del 22 de abril de 1868, desde Nimes (*Lettres*, t. VII, p. 62)

... ¿Qué más le diré? Que le quiero mucho. Esto es sabido; pero como me gusta que me lo digan, no me desagrada de que usted pueda oírlo. Me imagino que esto puede causarle una sensación de tercio-

pelo en el corazón. Adiós, muy querido amigo. Mil veces suyo en N.S.

Ver también las cartas al P. Picard (14/08/68, *Lettres*, t. VII, p. 136), al P. H. Saugrain (21/08/68, *Lettres*, t. VII, p. 144) y muchas otras.

Acompañamiento a las Oblatas y a María Correnson

Carta a la Madre Correnson, del 20 de junio de 1868, desde Nimes (*Lettres*, t. VII, p. 90).

No se mate, pero aplicándose a realizar todas las cosas como una verdadera santa, recuerde que Dios le regala muchas gracias y que a las madres de comunidad les pasa como a las madres de familia, están condenadas a dar a luz con dolor.

Mil cosas a todas nuestras hijas. Crea, mi querida Madrecita, que todo cuanto hace está escrito con letras de oro para el cielo, si lo hace perfectamente.

Ver también carta a las Oblatas de la Asunción (10/09/76, *Lettres*, t. XI, p. 465).

André Brombart, a.a.